

V. PICÓN (Coord.), A. Cascón, P. Flores, C. Gallardo, A. Sierra, E. Torrego, *Teatro escolar latino del siglo XVI: La obra de Pedro Pablo de Acevedo S. I., I, Lucifer furens, Occasio, Philautus, Charopus*, Ediciones clásicas-Ediciones UAM, Madrid 1997, 618 pp.

«En el primer seminario de Bolonia sobre teatro Neolatino se reconoció unánimemente, dada la debilitación progresiva del conocimiento del latín, la necesidad de hacer accesibles a historiadores de la literatura, de la civilización, de la religión y de las mentalidades» los documentos latinos en ediciones bilingües, y críticas, si ello fuera posible. Este primer volumen, que contiene cuatro de las veinticinco «piezas teatrales y parateatrales» que han llegado hasta nosotros del jesuita toledano Pedro Pablo de Acevedo, quiere ser, y es en realidad, una estu-penda respuesta a la invitación del seminario.

En seis claros apartados se nos divide la obra. Una documentadísima (las múltiples y amplias notas con moderna y abundante bibliografía son buena prueba de lo que afirmamos), una documentadísima, decimos, introducción general nos la presenta y describe, dando además unidad al conjunto: «hemos seleccionado cuatro obras... que nos han parecido representativas por su carácter dramático y su contenido... Las dos primeras han sido clasificadas como dramas teológicos... Las dos últimas como dramas morales». Una introducción específica, la edición crítica y su traducción al castellano de cada obra acevediana constituyen los cuatro siguientes apartados. El sexto, unos índices (de nombres, de fuentes y lugares paralelos, y de autores) que enriquecen el conjunto y hacen más fácil y agradable su manejo.

En la introducción general, Vicente Picón, reflexiona sobre la importancia, tanto literaria como social, del teatro jesuítico: una de las recuperaciones de «la tendencia a instruir por medio de representaciones escénicas de argumentos bíblico-morales, iniciada por Roswitha». Se queja de la poca atención prestada, hasta ahora, por los ambientes culturales a este teatro, en Europa y en concreto en España, donde se ha llegado incluso a negar su existencia. Nos presenta, a continuación, la figura de Pedro Pablo de Acevedo, sus inicios como dramaturgo y el éxito que desde el primer momento obtuvo. Nos describe, seguidamente, el «Códice manuscrito en 4º del s. XVI de la Colección de Cortes citada, encuadrado en pergamino y con la signatura 9/2564», donde encontramos las 25 obras conservadas, que enumera «en orden cronológico de acuerdo con la fecha que les atribuye el ms., ofreciendo el título y los demás datos referentes a ellas». Analiza además la bibliografía de destacados autores (en una nota advierte que «en el último volumen daremos una bibliografía lo más actualizada y completa posible») sobre Acevedo y su obra; y estudia su técnica dramática y la caracterización de sus personajes. Finalmente nos informa con todo detalle de las distintas convenciones que, tanto en la transcripción del manuscrito como en el aparato crítico, han adoptado para dar homogeneidad a la obra.

«El editor respectivo es el último responsable del texto propuesto... así como de su traducción». El texto, sólo la tragedia *Lucifer furens* está escrita en latín en su totalidad, aparece con aparato crítico y con uno de fuentes muy rico; la traducción, generalmente muy lograda y en un castellano fluido y hábil, enrique-

cida con abundantes notas, si bien no tantas, y es obvio, como en la introducción general. En las introducciones a cada una de las obras encontramos elementos comunes y algunos también particulares. Entre los primeros, la trama argumental, la descripción de cada uno de los cinco actos, las escenas de que consta, la descripción de los personajes, las fuentes clásicas y religiosas, de las que se sirve el dramaturgo, la influencia de los comediógrafos latinos y de los trágicos griegos, etc. Todos los editores nos hablan de dos clases de personajes, reales y simbólicos, y todos ellos nos presentan el ensamblaje de estas dos clases de personajes; permítasenos, sin embargo, resaltar la claridad que hemos encontrado en el parágrafo *Los personajes: nombres sin rostro* de Carmen Gallardo Mediavilla y Primitiva Flores Santamaría. Unas palabras de estas mismas autoras, que nosotros aplicamos al conjunto, nos explican la técnica de Acevedo en las cuatro obras: el jesuita recrea un tema cristiano, las más de las veces bíblico, «do viste de comedia latina y lo adorna con coros a la manera de la tragedia clásica. Y en este texto-tejido de diversos retales, se escucha a Plauto, pero, sobre todo, a Terencio, se oye también a Horacio, a Cicerón, a Marcial, a Homero o los Adagios de Erasmo y se rememoran las tragedias de Séneca en la amalgama de escenas. El resultado, viene a ser, en última instancia, un centón en el que se entretujan antiguas sentencias latinas, versos de Salmos y pedazos de las comedias terencianas en un alarde de amor y conocimiento de esas dos tradiciones que Acevedo funde». Pero ese centón lo formaban textos, son palabras ahora de Ángel Sierra de Cózar, «estudiados en clase, lo que garantizaba su reconocimiento y potenciaba la *uis comica* de las situaciones representadas».

Como elemento particular en la particular tragedia, frente a las tres comedias que en la obra se editan, podemos anotar que *Lucifer furens*, véase ya en el título a Séneca, «no ofrece un carácter excesivamente dramático. La levedad del motivo central, la circuncisión del Señor, y la comicidad inherente que conlleva la burla al malvado Lucifer producen en ocasiones una» fácil comicidad, que aborta todo dramatismo. En el prólogo de *Occasio*, escrita su prosa en latín y el verso en castellano, «en una proporción aproximada de 2/3 a 1/3», hallamos una advertencia y una aclaración: la Ocasión y el Arrepentimiento que la protagonizan son la «ocasión virtuosa de vivir rectamente y el pesar por no haberlo hecho». Su comienzo, «*Occasio est huic nomen fabulae*», nos remonta ya al comienzo terenciano «*Hecyra est huic nomen fabulae*». En *Philautus*, la primera obra que aparece en el manuscrito y cuyo argumento se basa en la parábola evangélica del «Hijo pródigo», se nos da la razón de la utilización del castellano: «puesto que creo que una buena parte de vosotros no sabe latín, referiré lo que he dicho en lengua materna», y de la finalidad docente y moralizadora de esta obra en concreto y, por extensión, de todo el teatro de Acevedo: «los jóvenes deben aprender por los ejemplos de otros jóvenes para que no les sorprenda la muerte entregados a sus vicios». Los nombres de sus personajes «reales», entre los que encontramos a Megadoro y Pseudolo, nos recuerdan a

Plauto. Y a Plauto y a Cicerón los personajes de *Charopus*, Megadoro y Lelio, comedia con el mismo argumento que la precedente, tema, por cierto, muy recurrente desde que «Gnaphaeus Fullo publicase en París su *Acolastus*», y en la que llama la atención la *uarietas*, «una diversidad de recursos artísticos que traen a la memoria la variedad de estilos propuesta por Cicerón para los discursos, cuya intención no es sino evitar la temida monotonía».

La *Ratio studiorum* de los jesuitas, Romae Anno Domini MDCXVI, indicaba al profesor de Retórica que a veces propusiera «a los discípulos como argumento una breve acción dramática», para que después se representara por ellos mismos la mejor escrita. Años después, el profesor de Retórica Pedro Pablo de Acevedo, en su afán docente y moralizador, escribe 25 obras teatrales para que se representaran en los Colegios. La obra que hoy comentamos recoge cuatro de ellas. Los editores no sólo hacen efectiva la recomendación del seminario de Bolonia: recuperan para todos parte de la riqueza cultural que en los cada vez menos olvidados autores renacentistas españoles se encierra. Mientras que gozamos con este primer volumen, esperamos ilusionados los restantes.

LUIS CHARLO BREA

COLTELLONI-TRANNOY, M., *Le royaume de Maurétanie sous Juba II et Ptolémée (25 av.J.-C.-40 ap.J.-C.)*, CNRS Editions, París, 1997, 271 pp.

El libro que reseñamos, obra de la profesora Michèle Coltelloni-Trannoy, analiza de forma pormenorizada la historia del reino de Mauritania bajo el reinado de los dos «reyes clientes y amigos de Roma»: Juba II y su hijo Ptolomeo, desde el año 25 a.C., momento en que el primero es instaurado de la mano de Augusto en el trono de Mauritania, hasta el 40 d.C., fecha en que cae asesinado Ptolomeo y este territorio es anexionado como provincia del Imperio.

No es éste su primer trabajo sobre el tema, ya que en la última década ha profundizado en la vida de ambos monarcas, en su estatus político y administrativo, así como en la producción monetaria acuñada bajo su égida y en el culto real del que parecen haber sido objeto. Por ello, el presente libro persigue en sus nueve capítulos aunar esas informaciones e incidir en aspectos tales como la condición de ambos reyes, su personalidad e intereses, actividades culturales y edilicias, imagen y propaganda, culto real e imperial, marco geográfico y urbanística mauritana, una vez establecidos los prolegómenos históricos del reino númera y del mauritano. Este material se ve enriquecido, además, por los apartados de conclusiones, repertorio de los principales documentos epigráficos y

numismáticos relativos a los reyes mauritanos, compendio de principales textos políticos referentes a la Mauritania, tablas cronológicas, bibliografía y diversos índices.

En el capítulo primero, titulado *El imperialismo romano desde Boco el Joven a Ptolomeo*, se inicia su labor de enmarcar el reinado de Juba II y Ptolomeo en su historia norteafricana más reciente, tratando cuestiones como la problemática nacida del testamento de Boco el Joven y el período conocido como Interregno, que comienza con la anexión de los territorios pertenecientes a Juba I, tras su muerte, hasta la victoria de Augusto sobre Marco Antonio y Cleopatra en *Actium*, temática ampliada en *Anexión y protectorado en Mauritania* (capítulo dos), donde esboza la situación de los reinos orientales, que Augusto reduce al mismo sistema de clientela, y la evolución de la dinastía númida hasta su restauración en Iol-Cesarea de la mano de Juba II y Cleopatra Selene.

El capítulo tres, *Las condiciones de la anexión*, explicita las causas a que obedecía el deseo de Augusto de crear un estado tapón como freno a las continuas sublevaciones de las tribus africanas, comandadas por personajes tan señalados en la historia de la resistencia a Roma como Tacfarinas, Aedemon o Salabos, y concluye con la muerte de Ptolomeo, en medio de la sanguinaria escalada de asesinatos ejecutados por Calígula.

*La herencia africana* (capítulo cuarto) estudia los controvertidos límites de Mauritania para los autores antiguos, bien por la variación de las informaciones transmitidas por ellos, bien por el aspecto indeterminado de los límites territoriales entre los africanos o por la naturaleza propia del poder bereber, y acaba con la enumeración de las antiguas residencias reales: Siga, Cirta, Iol y Volubilis, por las que circulaban las cortes itinerantes númidas, algunas de las cuales perdieron con Juba II su función de residencias reales en pro de una sola *regia*, sede del monarca y cabeza de distrito de sus actividades.

En *Los inicios de un nuevo orden* (capítulo cinco), se analiza la renovación de las condiciones políticas de Mauritania, a raíz de la voluntad de sus soberanos de calcar la organización del reino sobre el modelo de los estados mediterráneos y de integrar la nueva identidad política en el seno del Imperio, hecho que acarrea serias repercusiones en el *modus vivendi* tradicional, dotado de unas estructuras geográficas, institucionales y étnicas en las que reinaba un antiguo equilibrio entre mundo urbano y nómada. Por lo demás, la instauración de la organización política mediterránea, prelude de la situación producida con la anexión romana, acaba con la autonomía del territorio mediante una reforma radical del antiguo modo de control sobre pueblos y villas, que debía canalizar y asegurar la dinastía amiga de Roma, instalada en Cesarea, garante de la verdadera transferencia de la propiedad llevada a cabo por la metrópoli en suelo africano.

*La presencia romana* (capítulo seis) se plasma en aspectos tales como la acuñación de moneda por parte de Juba II y Ptolomeo, inspirándose en el

modelo de moneda romano, con especial mención del singular numerario de Cleopatra Selene en lengua griega y de motivos helenísticos; en la creación de las *auxilia* como resultado de un contrato que subordinaba a Roma el territorio *foederatus* o *socius* y que obligaba a este último a contribuir a una defensa común, y, por último, en la vida de las trece colonias romanas en suelo mauritano, algunas de las cuales, las occidentales, parecen haber sido creadas antes de que Octavio recibiese, el 27 a.C., el título de *augustus*, y las orientales, con fines militares y defensivos, después de esa fecha. No obstante, en este período, la presencia romana es discreta y se limita, sobre todo, a la fachada marítima, ignorando prudentemente las zonas del interior.

Aborda M. Coltelloni-Trannoy en el capítulo siete, *Los príncipes mecenas*, los aspectos culturales y sociales potenciados por Ptolomeo y, en particular, por Juba II, quien se caracterizó por un inmenso acervo cultural, acrecentado a lo largo de su vida con múltiples expediciones y con la enciclopédica labor de compendio de la más variopinta bibliografía existente. Como sus ancestros, ambos imitan las costumbres de los soberanos greco-orientales y la política de prestigio de los reyes clientes de Roma, con un fuerte componente romanizador, además de que sus actividades edilicias y la concepción con que fue planificada y ejecutada la nueva ciudad de Cesarea no dejan de rendir pleitesía a Augusto, su benefactor. En esta última idea se incide en el capítulo octavo, *Imágenes y propaganda*, ya que la autoridad tanto del padre como del hijo se fundamenta en la cautela de Roma, lo cual da idea de que se hallaban en posesión de un poder precario en medio de una situación política ambigua.

Finalmente, *Las analogías institucionales entre Roma y Caesarea* (capítulo 9), ilustran la creciente filiación romana, en especial de Juba II, en primer lugar, a través del culto imperial, que Augusto había restringido en Occidente, postergándolo a su muerte; en segundo lugar, por medio del culto real, atestigüado antiguamente entre la realeza del norte de África y, en tercer y último lugar, mediante la organización de la corte real de Cesarea de modo similar al romano y al oriental, con una guardia de *corps*, con la destacada presencia de sabios, artistas y eruditos y, en suma, con la multiplicidad de domésticos, esclavos y libertos de origen griego y africano.

Tras las conclusiones, en que nuestra autora examina el concepto de *fides*, baluarte de las relaciones entre Mauritania y Roma, define la situación de este reino cliente de Roma como endeble y ambigua por las propias bases en que se sustentaba, lo cual explica la insistencia de Juba II por asegurar la continuidad dinástica y de Ptolomeo por afirmarse como sucesor legítimo.

Nos encontramos, en síntesis, ante una obra de ingente valor, realizada por una especialista en estos dos soberanos mauritanos, y que presenta un vigoroso y casi exhaustivo estudio del reino protegido de Mauritania, cuyo mayor logro es el de insertar el destino de este singular enclave geográfico, situado en los confines occidentales de las tierras conocidas, en la diacronía de la historia

antigua de la Mauritania y en la sincronía de las relaciones de la Roma de los primeros tiempos del Imperio con sus reyes clientes. Destaca, además, la diversidad de documentación literaria, epigráfica, numismática, iconográfica y arqueológica aportada, así como la abundante bibliografía especializada, aunque, quizás, pueda echarse en falta un análisis más detallado de los aspectos económicos, oscurecidos en el libro por los políticos, sociales y artísticos.

ALICIA GARCÍA GARCÍA

E. NARDUCCI, *Cicerone e l'eloquenza romana. Retorica e progetto culturale*, Editori Laterza, Roma-Bari, 1997, 186 pp.

El hilo conductor de estas páginas que reseñamos es la elocuencia. El conjunto de la obra supone para Emanuele Narducci la culminación de numerosos trabajos a los que viene dedicando desde hace algunos años a la oratoria romana y a su figura central, Cicerón. Posee este trabajo dos finalidades aparentemente distintas, pero cuya imbricación es un hecho: su objetivo primero es renovar la imagen que de un clásico como Cicerón tenemos y en segundo lugar, mostrar a través de la producción oratoria del orador romano, la realidad histórico-cultural que vivía Roma en los últimos momentos de la República.

Explicar la estructura de *Cicerone e l'eloquenza romana* es relativamente sencillo porque los cinco capítulos en que está dividida proporcionan al lector perspectivas de un análisis textual: el primero, '*La «pro Archia» gli orizzonti dell'eloquenza*' es el apartado introductorio del nuevo tipo de elocuencia que el autor desarrollará en los siguientes capítulos. Narducci expone en este primer apartado que este discurso es uno de los primeros y mejores documentos que proporcionan la eficacia de la palabra de Cicerón y en el que está meditando los principales temas del *De oratore*. Sin la cultura que poseía le habría sido muy difícil defender a Arquias como lo hace: se sirve de la poesía griega —y en concreto de Homero— para enlazar con la experiencia de los *maiores* y las dotes históricas de Ennio. Esto es, en definitiva, lo que le permite el reconocimiento a sus *labores* y a los sacrificios que impone la *uirtus*.

Los demás capítulos alternan la lectura de dos obras retóricas de Cicerón, *De oratore* y *Brutus*, con la profundización indirecta en su producción literaria: '*Eloquenza, retorica, filosofia nel «de oratore»*' es el título del segundo capítulo. El estudio detallado que Narducci hace de cada apartado de esta obra nos lleva a concluir que pretende resaltar la elocuencia que Cicerón reivindica como forma de expresión, a través del análisis de cada uno de los aspectos que com-

plementan al orador y de dos personajes: Craso, en quien fija su ideal de orador culto y Antonio, que mantiene un lúcido conocimiento del sentido pragmático de la realidad.

Si el *De oratore* describe un tipo de elocuencia cuyo cometido es dominar la mente de los hombres y suscitar los sentimientos más variados, en el tercer capítulo, '*Tra verità e simulazione: gli arcani dell'oratore*', Narducci comienza señalando un párrafo de *Tusculanae* en que Cicerón aduce lo contrario. A partir de esta idea realiza un recorrido por la manera en que Cicerón ratifica claras contradicciones a lo largo de su obra y en relación a distintas reacciones como mentir en la elocuencia, si el orador debe reprimir sus emociones o por el contrario manifestarlas. El último epígrafe de este capítulo nos resume estas discrepancias, dependiendo del momento en que recurramos a los postulados de un (Cicerón) abogado y un (Cicerón) filósofo y es que para acceder a la verdad en un juicio, el abogado debe presentar presupuestos fiables y relativos, en cambio, la teoría del filósofo permite los cambios de opinión, que en consecuencia son los que le orientan sus valores.

El cuarto capítulo, '*Il «Brutus»: storia dell'eloquenza e polemiche di stile*', estudia una obra situada en la encrucijada de diferentes tipos de tratados. Más sobria que la anterior en tanto que el *Brutus* representa el progreso y fruto de una situación política sofocante, Narducci deja claro que es la exposición histórica de que la evolución del arte oratorio está encaminada a la forma del diálogo.

Hemos echado en falta un estudio específico del *Orator* como culminación de la evolución que había abierto el *Brutus*, pero alguna de su temática encuentra espacio en el quinto capítulo, '*Dal discorso pronunciato al discorso scritto. L'eloquenza come prodotto letterario*'. En breves apartados Narducci plantea algo tan importante como la cuestión de si los discursos pueden convertirse en literatura, cómo cambia un discurso en el paso a la escritura y fundamentalmente qué conlleva para el orador esa evolución de la palabra a la letra.

Cierran el volumen dos índices: uno dedicado a los argumentos tratados y otro alfabético que indica la página y el autor citado en la bibliografía que se encuentra a pie de página de cada capítulo.

En definitiva, E. Narducci, en contra de las teorías que aislan la literatura de su contexto social, sitúa las ideas de Cicerón acerca de la elocuencia en los textos oratorios, lo cual nos permite a nosotros estudiar la evolución del pensamiento ciceroniano y comprender cómo éste nace de la realidad del momento. El resultado que se obtiene de todo ello es un libro interesante, un análisis realmente exhaustivo y pormenorizado de las teorías retóricas de Cicerón.

HERMAN, J., *El latín vulgar*, Barcelona, Ariel, 1997, 166 pp.

En el primer trimestre de 1967 en una colección de carácter divulgativo —*Que sais-je?*— se editó este interesante trabajo de J. Herman bajo el título *Le latin vulgaire*, que, según manifiesta el propio autor en la edición española, pretendía «el acceso —incluso a los no especialistas— al fenómeno, único en su género, de la evolución vulgar del latín, considerada desde la perspectiva de la reflexión lingüística.» Las sucesivas ediciones (segundo trimestre de 1967 y 1975) no alteraron el contenido de la obra.

Debido a los años transcurridos desde la primera edición, la presente obra no podía limitarse a una mera traducción al castellano del original francés, de ahí que *El latín vulgar* se presente como una reelaboración y ampliación en la que ha colaborado C. Arias Abellán, profesora de la Universidad de Sevilla.

En el mismo índice se advierten algunas modificaciones con respecto al original, estas modificaciones conciernen, principalmente, a la estructuración de la obra, lo que, sin lugar a dudas, proporciona mayor claridad. Así en el capítulo cuatro dedicado a la evolución fonética, el apartado en el que se analizan los fenómenos consonánticos distingue los diferentes fenómenos estudiados: *Consonantes en posición final*; *Las palatalizaciones*; *Las consonantes intervocálicas* y *Los grupos de consonantes*. Lo mismo podemos decir con respecto al capítulo siete que se ocupa del vocabulario; bajo el título *Las palabras variables* se presentan desglosados los epígrafes: *Sustituciones en el léxico*; *Cambios semánticos*; *Derivación y composición* y *Los elementos extranjeros*. El estudio concluye con el capítulo titulado *Algunos problemas generales* en el que se añade un nuevo apartado: *La diferenciación territorial del latín*. Las referencias bibliográficas se encuentran al final del libro y, como era de esperar, evidencian la actualización y puesta al día que precisaba este trabajo. Las distintas obras citadas se disponen de forma ordenada y clasificada: *Fuentes*; *Repertorios bibliográficos y trabajos sobre el estado de la cuestión*; *Colecciones de artículos*; *Obras de conjunto*; *Obras consagradas a textos o a conjuntos de textos latino-vulgares*; *Selección de obras consagradas a aspectos especiales del latín tardío* y *Transición al romance*.

Los capítulos que presentan modificaciones y adiciones más o menos importantes son, según manifiesta el propio autor en el prólogo, los dedicados a las fuentes del latín vulgar, a la morfología y a la sintaxis y el dedicado a la recapitulación.

En el capítulo de las fuentes destacan las ampliaciones concernientes a las fuentes directas, concretamente a las inscripciones así como la inclusión de los documentos relacionados con la vida diaria: correspondencia, inventarios textos escolares, etc., en las fuentes directas. Con respecto a las inscripciones, cabe destacar, entre otras adiciones, tanto la previa definición del término como algunas consideraciones acerca de la valoración y alcance de las formas que nos proporciona esta clase de textos.

Otro de los capítulos que se ha modificado con respecto al original, es el dedicado a las flexiones. Dividido en dos grandes apartados, como cabía esperar, —*La declinación y La conjugación*—, no sólo aporta nuevos ejemplos, en donde no falta la traducción al castellano, sino que, amplía o introduce consideraciones importantes acerca de la inestabilidad y falta de paralelismo de ambos paradigmas —mayor, sin duda, en el sistema nominal—. Por otra parte, junto con la flexión nominal se incorpora todo lo relativo al sistema y problemática del adjetivo, tanto en el grado positivo como en la expresión de los grados de comparación.

Las modificaciones o ampliaciones que se han abordado en el capítulo de la sintaxis, afectan a la oración simple y en mayor medida a la oración compuesta. Se advierten nuevos ejemplos para ilustrar los valores que ciertas conjunciones adquieren, así como reflexiones acerca del orden de palabras o de los valores de ciertas conjunciones —en concreto, del *si* interrogativo—.

El último capítulo de la obra, *Algunos problemas generales*, consta de tres apartados. El primero de ellos —*El fin de la historia del latín*—, presenta ampliaciones, principalmente en lo relativo a las diferencias entre lengua y escrita y lengua hablada y los testimonios que aseguran la no-comprensión de la lengua latina en los distintos territorios romanizados. Las variedades territoriales se abordan en el siguiente apartado con interesantes razonamientos acerca de la época en que son apreciables las diferencias regionales en lo que se refiere a la pronunciación. El último apartado, *Las tendencias esenciales de la evolución vulgar*, introduce algunas matizaciones sobre el carácter analítico de las lenguas romances y observaciones sobre la complejidad de la evolución del latín a las lenguas romances y los distintos y diferentes factores que actuaron en ella.

M<sup>a</sup> PILAR LOJENDIO QUINTERO

FABRE, G., MAYER, M. y RODA, I.: *Inscriptions Romaines de Catalogne. IV. Barcino*, Diffusion de Boccard, Paris, 1997, 421 pp., CXXXVII pl.

Esta obra es continuadora de un amplísimo trabajo que estos mismos investigadores iniciaron en 1984; en efecto, bajo el título general de *Inscriptions Romaines de Catalogne* se han estudiado las inscripciones procedentes de Barcelona, a excepción de Barcino, y las de las provincias de Lérida (1985) y Gerona (1991).

Este nuevo volumen, dedicado en su totalidad a las inscripciones provenientes de Barcino, constituye un homenaje a todos los que se han dedicado al estudio del material epigráfico que ha proporcionado la ciudad de Barcelona y, en particular, al profesor Sebastián Mariner.

La introducción, imprescindible en los trabajos de estas características, expone de forma clara y precisa los aspectos fundamentales que hacen justificable y comprensible este corpus. Las cuestiones tratadas se concretan en referencias que podríamos llamar colaterales o extrínsecas y en referencias intrínsecas, es decir, que afectan directamente al conjunto de las inscripciones presentadas.

Entre las primeras, se abordan temas como: la topografía de la ciudad y los descubrimientos epigráficos, las fuentes literarias que aluden a Barcino, la tradición de las inscripciones barcelonesas, así como una reseña histórica de las colecciones epigráficas de esta ciudad. Todos estos aspectos, aunque considerados secundarios, no deben ser soslayados en un estudio de esta naturaleza, antes bien, resultan imprescindibles cuando se aborda un trabajo tan complejo como el que estos autores nos presentan.

Por otra parte, el análisis del corpus se concreta en tres líneas: el estudio de los monumentos; la práctica epigráfica y, por último, la aportación de los textos escritos. Aspectos tan interesantes como los materiales utilizados, la escritura, el conocimiento de la lengua, la religión, cronología, entre otros, evidencian una labor meticulosa y ampliamente documentada.

Como no podía ser de otra forma, al repertorio de las inscripciones, que alcanzan un total de 317, se le dedica la parte fundamental de la obra, además de un apéndice en el que se incluyen 11 epígrafes cuya antigüedad es dudosa y 19 situados por error en Barcelona. El criterio de ordenación, según se desprende del cuadro que aparece en la página 23, es temático: religiosas (18), honoríficas y públicas (90), funerarias (175), cristianas (7), de temática variada (5) y, por último, aquellas que por su estado fragmentario no permiten ser clasificadas (22). La edición de las inscripciones se realiza siguiendo las normas requeridas para los estudios de esta índole:

1. Aspectos externos:

— Lugar y fecha del descubrimiento.

— Lugar actual de conservación, con el número de inventario, si se trata de un museo.

— Bibliografía referente a la inscripción.

2. Aspectos internos:

— Descripción y características de la pieza (dimensiones, altura de las letras, estado de conservación, etc.).

— Transcripción del texto integrando las partes perdidas y resolviendo las abreviaturas, en esta edición se presenta además la traducción.

— El comentario comprende cuestiones paleográficas (nexos, características particulares de las letras, la *ordinatio*, etc.) y filológicas.

— Propuesta razonada de datación.

El capítulo dedicado a la bibliografía se distribuye en dos grupos: 1. Fuentes manuscritas y 2. Obras y artículos. Esta relación detallada evidencia la minuciosidad y competencia de sus autores, así como la complejidad que supone abordar un trabajo de estas características.

En el apartado siguiente se incluyen los índices relativos a cuestiones como los *nomina*, *cognomina*, emperadores, magistrados, indicaciones geográficas, etc., de una indudable utilidad para futuros trabajos de investigación.

La obra se completa con la ilustración de cada inscripción, fotográfica, si se conserva, o procedente de la tradición manuscrita, si se ha perdido. Dada la excelente calidad de las fotografías, es posible constatar las particularidades de la pieza así como su lectura.

M<sup>a</sup> PILAR LOJENDIO QUINTERO

MAGALLÓN GARCÍA, Ana Isabel: *La tradición gramatical de differentia y etymologia hasta Isidoro de Sevilla*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1996, 394 pp.

Se dedica este libro al estudio de dos procedimientos de análisis del vocabulario, la *differentia* y la *etymologia*, en el conjunto de la tradición gramatical romana, pero principalmente en la obra de Isidoro de Sevilla. La obra de Isidoro de Sevilla recoge de la tradición gramatical antigua cuatro procedimientos de análisis del vocabulario: *glossa*, *differentia*, *analogia* y *etymologia*. De ellos, la autora selecciona dos, *differentia* y *etymologia*, que imponen a su estudio una clara orientación semántica. Este estudio se realizará desde una perspectiva estructural, no tratando de imponer a los antiguos una determinada teoría moderna, sino partiendo de que siguieron pautas estructurantes más o menos recurrentes en dichos procedimientos, con independencia de que hoy no siempre sean asumibles.

Prologado por José-Javier Iso Echegoyen, el libro consta de una introducción, cuatro partes e índice bibliográfico. La primera parte, «Enfoque lingüístico de dos procedimientos gramaticales antiguos: *differentia* y *etymologia*», se dedica a establecer las jerarquías de análisis que resultan pertinentes en relación con el corpus estudiado.

Comienza la segunda parte, «*Etymologia* y *differentia* a través de la tradición gramatical», con un capítulo dedicado a la vertiente griega de dicha tradición. En ella, en el seno de la filosofía, nacen ambos procedimientos, que luego se desarrollarán en el terreno de la gramática, aunque la etimología no llegó a estar plenamente integrada en este *ars*.

Los otros cuatro capítulos en que se divide presentan el estudio de la diferencia y la etimología antigua en la tradición gramatical romana, desde el siglo II a.C. hasta el VI d.C. Queda para la tercera parte del libro, «Siglo VII: Isidoro y su renovación», el estudio de la etimología y la diferencia en la obra gramatical de Isidoro de Sevilla.

Esta tercera parte consta de seis capítulos, el primero se dedica a aspectos generales, en especial, al pensamiento gramatical del obispo hispalense; el segundo presenta el estudio de la primera de las dos obras de diferencias atribuidas al autor; en los restantes cuatro se estudian distintos aspectos de la etimología en la obra principal de Isidoro.

Las obras de este amplísimo corpus, que se extiende a lo largo de una tradición de ocho siglos, y culmina con la obra de Isidoro en el siglo posterior, se abordan por orden cronológico, y se presentan con una abundante documentación bibliográfica por lo que respecta a cuestiones de crítica textual, fuentes, autoría, etc.

Finalmente, la cuarta parte, «La *mot-valise* en la antigüedad», con dos capítulos, se dedica al estudio de este tropo y recurso de explicación etimológica. El primer capítulo contiene un panorama de la fortuna de este recurso, tanto en su vertiente de creación literaria como en la de explicación etimológica, desde su primera documentación en Aristófanes hasta nuestro siglo. El segundo presenta un estudio de su utilización como recurso etimológico a partir de ejemplos extraídos de tres autores, Varrón, Servio e Isidoro.

Se justifica, en la introducción, su estudio por separado por la necesidad de «resolver el interrogante acerca de la acuñación... de peculiares neologismos que no se integraban en la lengua porque no respondían a ninguna otra necesidad más que a la de establecer el término ideal o de asterisco en sus fórmulas derivativas»: al poner en relación este tipo de explicaciones etimológicas, tachadas por fantasiosas, con su utilización como recurso literario, «por encima de épocas, géneros e idiomas», no se hace sino «mostrar el vigor intelectual» de los gramáticos antiguos.

*DIFFERENTIA*: En cuanto a la *differentia*, se propone la autora la realización de un inventario de los rasgos considerados distintivos en las obras de *differentia*, sin tener en cuenta la distinción entre sema y clasema de la escuela de Coseriu.

Entre las diferencias que se encuentran en las obras estudiadas, se distinguen «oposición privativa» y «equipolente», siempre entre dos términos, y «gradación»; a continuación, «complementarios» (antónimos «no graduables»), como *vivo/muerto*, y «antónimos», como *fácil/difícil*; «inversión», que incluye términos que, como *marido/mujer*, además de oponerse, se definen por su relación entre sí; el «microcampo semántico» será una «oposición multilateral entre cuyos miembros no se aprecia una relación jerarquizada, de rango o escala, pero revelan una incompatibilidad manifiesta, es decir, todos ellos pertenecen a una

misma esfera semántica —de la que intentan ser exhaustivos— en la que resultan excluyentes sintagmáticamente»; finalmente, «hiponimia» será la relación entre un término más específico o «hipónimo», y otro más general o «hiperónimo», que incluye al primero.

Según las categorías indicadas se analizan las diferencias que presentan los autores cuya aportación a este género resulta más significativa. En primer lugar, y a título de ejemplo, tenemos, en el capítulo primero de la segunda parte, el análisis del repertorio griego de Pseudo-Herodiano. A continuación, a lo largo de la segunda parte, se analizan las diferencias de autores latinos anteriores a Isidoro de Sevilla. Finalmente, en el segundo capítulo de la tercera parte, encontramos el análisis del repertorio «*inter aptum et utile*», el más extenso de los estudiados en este libro, que se identifica con el primero de los dos libros *De differentiis* atribuidos a Isidoro de Sevilla.

En el análisis de las diferencias, por ejemplo, del repertorio de Isidoro encontramos, en primer lugar, oposiciones con rasgos de alta incidencia, como entre *ambire*, 'positivo', y *cupere*, 'negativo'; con rasgos de tiempo, como *aetas*, '+tempus' y *aevum*, '-tempus', o bien, entre *albentem*, 'perfectivo', y *albescentem*, 'imperfectivo'; de espacio, como entre *alvum*, 'interior', y *ventrem*, 'exterior'; con rasgos específicos, como entre *adulterium*, '+matrimonium', y *fornicationem*, '-matrimonium'. A continuación, se estudian los casos de microcampos, que se subdividen, según sean o no de palabras de una misma familia etimológica, como *consuere*, *suere* y *assuere*, frente a *flumen*, *fluvium*, *torrens*, *fons* y *amnis*. Luego los casos de hiponimia simple, como entre *corpus* y *carnem*, o compleja, como entre *bellum*, *pugna* y *proelium*, y los de hiponimia combinada con oposición, como entre *flere* y *plorare*, opuestos a *lamentare*. Finalmente, los casos de inversión, como entre *construere* y *destruere*; los de intersección, como entre *pontificem* y *vatem*; y los de gradación descendente, como entre *amare* y *diligere*.

**ETYMOLOGIA:** La *etymologia* se presenta como un problema mucho más complejo, por diversas razones: al contrario de lo que sucede con la *differentia*, no se sustancia en la aplicación de una fórmula, sino que presenta un metalenguaje muy variado, no es exclusiva de obras gramaticales, se relaciona con fenómenos muy diversos y en ella se reúnen intereses de conocimiento también diversos. Es un procedimiento en gran medida conjetural y quizá antes un arte que una ciencia. Pero pueden verse en ella unos procedimientos recurrentes que pretendían dar cuenta de la historia del léxico, aunque hoy no puedan ser siempre dados por válidos.

Ya desde el punto de vista de la lingüística moderna vemos que la etimología incluye fenómenos muy variados en relación con el cambio lingüístico y con la motivación. La relación entre étimo y derivado puede ser de cambio fonético, pero también de derivación o composición; la palabra puede imitar sonidos naturales en la onomatopeya; y puede tratarse de un préstamo. Desde el punto

de vista del contenido, el cambio de uso, y eventualmente de significado, tiene su seno en la relación entre palabra y realidad: la necesidad de designar un nuevo estado de cosas puede dar ocasión a la introducción de un nuevo término, que puede crearse o tomarse en préstamo, pero también puede dar lugar a un cambio en la esfera de empleo de términos ya existentes en la lengua; y además puede ocurrir que, por las razones propias de la creación literaria, se extienda la esfera de empleo de un término más allá de la que se considera propia de él.

Con la etimología antigua nos movemos en un terreno mucho más resbaladizo, pues no se trata sólo de hallar el origen de una palabra o de su significado o sentido actual. Se trata, en una medida mucho mayor que en la lingüística moderna, de desvelar su motivación, y, así, superar la arbitrariedad del lenguaje, su anomalía, su falta de adecuación al ser de las cosas, definir la propias, el valor auténtico de la palabra, y establecer la *latinitas* (o, en su caso, el ἑλληνισμός), el uso correcto. La búsqueda de esa motivación podía hacerse por distintas vías y con frecuencia una misma palabra podía tener distintas etimologías incluso en un mismo autor, tal como sucede precisamente en los grandes etimologistas, como Varrón o Isidoro.

Los antiguos fueron conscientes de la mutación fonética, y la explicaron mediante cuatro reglas (*quadripertita ratio*) que afectaban al sonido o a la sílaba, y fueron también conscientes de que una palabra podía descomponerse en raíces y sufijos y explicarse como derivada o compuesta, de que podía tratarse de una onomatopeya, o de un préstamo. Pero llevaban la idea de que la palabra podía instituirse por imitación directa de la realidad más allá de la onomatopeya, pues las propiedades de los sonidos podían considerarse, en determinados casos, semejantes a las de las cosas, tal como ocurre con las vocales en el *Crátilo* de Platón, o como ocurre con la sinestesia táctil, recogida por San Agustín. También podemos encontrar explicaciones de tipo conceptual, como en las etimologías de raigambre estoica que explican un término de sentido concreto a partir de otro de la misma familia y de sentido abstracto, a pesar de que la morfología indique claramente la derivación contraria. En el terreno de las explicaciones tropológicas, éstas podían ir desde la denominación metonímica de un objeto por el nombre de su lugar de origen, pasando por toda suerte de extensiones metafóricas y metonímicas del sentido de las palabras, hasta tropos muy audaces como el *mot-valise* o la antífrasis. Incluso la traducción, por ejemplo en Isidoro de Sevilla, podía constituir un tipo de etimología, cuando no era posible la aclaración del término dentro de la misma lengua, pues un concepto podía considerarse denominado más apropiadamente en otra lengua, y, en última instancia, se suponía que había una filiación entre el griego (concretamente eolio) y el latín, o, dentro del pensamiento cristiano, que todas las lenguas eran desviaciones de la lengua prebabélica, cuyo heredero más directo era el hebreo.

Todo ello muestra que la etimología no llega a ser una disciplina rigurosamente gramatical, descriptiva. En ella se une a la descripción gramatical el interés normativo, la especulación filosófica sobre el valor de la palabra como verdadero signo del ser de las cosas, la indagación histórica o anticuaria sobre los elementos de la cultura. Constituye, sin duda, el ejemplo más claro de lo que en Isidoro de Sevilla llegó a ser una concepción de la gramática como ciencia total, basada en las categorías de glosa (sinonimia) y diferencia, y analogía (semejanza) y etimología. En este sentido, resulta natural la estructura parcialmente enciclopédica y parcialmente lexicográfica, con organización temática (aunque la del libro X es alfabética) de una obra como las *Etimologiae* de Isidoro, pues se trataba de abarcar desde el lenguaje el conjunto de la realidad.

Esta complejidad del fenómeno de la etimología antigua puede verse en especial en el extenso apartado dedicado a Varrón, y en los cuatro capítulos que se dedican a las *Etimologiae* de Isidoro de Sevilla, así como en el estudio, en la cuarta parte del libro, del *mot-valise*.

Poniendo de nuevo como ejemplo el estudio de la obra de Isidoro, de entre los capítulos que presentan el estudio de las *Etimologiae sive origines*, el primero, trata sobre las fuentes y la estructura de la obra, y dedica un último apartado a la interpretación de la definición y clasificación de la etimología presentada por el propio Isidoro en *Etym.* I.29.1-5. El segundo, «Metalenguaje y niveles etimológicos», versa sobre la definición de los distintos tipos de etimologías que presenta el autor, y en relación con ellos, la precisión del sentido en que emplea los términos con que se denominan: *etymologia*, *origo*, *ratio*, *derivatio*, *interpretatio*.

El tercero, «La *etymologia* y la semántica tropológica», está dedicado al estudio de las explicaciones etimológicas basadas en las figuras de la retórica. Varios son los términos que precisan los distintos tipos de estas etimologías tropológicas: *similitudo*, *causa*, *abusio*, *translatio* o metáfora (la metonimia era en principio un caso particular de metáfora y ambas podían denominarse como *abusio*, que era el término general para los tropos), y finalmente, tenemos la antífrasis, o tropo *e contrario*.

El cuarto capítulo, «Etimología y gramática», partiendo de la relación de la etimología con la defensa de la *latinitas*, aborda la reflexión de Isidoro acerca de cuestiones como la desviación del lenguaje con respecto a la *proprietas*, el uso corrupto (*corrupte*); los niveles de lenguaje, a los que se refieren las indicaciones *vulgo* o *vulgus*, o también *rustice*, que no puede identificarse con *vulgo*, pues se refiere al habla específica de los campesinos (Isidoro reconoce un lenguaje específico de los filósofos, los poetas y los campesinos). Trata por último los aspectos más estrictamente gramaticales de la etimología isidoriana: la analogía fonética entre étimo y derivado según las cuatro reglas de muta-

ción, las etimologías por derivación o composición, y aquéllas en que se describe un cambio semántico.

*MOT-VALISE*: La denominación del tropo conocido como *mot-valise*, se explica porque parece concebir la palabra como una especie de maleta de la que se saca otra palabra o grupo de palabras, que guarda con aquélla una semejanza fonética y le aporta una motivación, por lo común, bastante audaz. Su historia en la antigüedad comienza, como es lógico, en la literatura, concretamente en Aristófanes, pero pronto pasa a utilizarse como procedimiento de explicación etimológica.

Es Varrón, en la tradición gramatical romana, quien crea este sistema etimológico, del tipo de *latrones quasi laterones*. Los *mots-valises* introducen nuevos términos, que, sin embargo, no llegan a integrarse en el tesoro léxico del idioma, puesto que son creaciones explicativas *ad hoc*, pero cumplen con ciertas regularidades de la lengua, y dentro de su contexto son inteligibles.

La forma general del procedimiento consiste en que el lema se explica por un segundo término (a veces omitido), que guarda con aquél una analogía fonética, y a juicio del autor, también una relación semántica, y se llega finalmente a un tercer término que reúne total o parcialmente la identidad fónica de los dos primeros: así la explicación de *bivernus* por *bievernus*, de *hiemem* y *vernum*. Hay también casos en que el tercer término, es una palabra ya existente en el vocabulario, o un sintagma, como en *cadaver* < *caro data vermibus*. Pero lo más difícil de percibir es la relación semántica que pueda haber entre el lema y su explicación, que parece ser, en conjunto, la relación metonímica, en sentido amplio.

En conclusión, esta obra ofrece un panorama muy completo y esclarecedor de la tradición latina de dos disciplinas que constituyen, por decirlo así, la semántica léxica de la antigüedad. Si la presentación de análisis estructurales de los repertorios de diferencias supone definir un paralelismo bastante estrecho entre el pensamiento lingüístico de los antiguos y la lingüística moderna, en cambio el estudio de la etimología antigua nos introduce en una forma de reflexionar sobre el lenguaje que, teniendo puntos de contacto con la nuestra, es, en su conjunto, divergente. Este estudio logra reflejar el valor intelectual de una indagación que acaso puede ser tachada de acientífica, olvidando que partía de presupuestos distintos de los nuestros, pero que, más allá de sus aciertos o errores prácticos desde el punto de vista de la lingüística moderna, sorprende por su grado de complejidad y sutileza.

PERPILLOU, Jean-Louis: *Recherches lexicales en grec ancien. Étymologie, analogie, représentations*. Louvain-Paris, Éditions Peeters, 1996, 220 pp.

Encontramos en esta obra diez estudios de léxico sobre zonas del vocabulario griego inusuales en los estudios de corte histórico-comparativo. De estos diez artículos, unos han sido publicados anteriormente por separado, otros (los capítulos 2, 3 y 9) han sido preparados para este volumen. Las características de los conjuntos de vocabulario estudiados no se explican sólo a partir de la gramática (por derivación o composición) ni a partir de la comparación con otras lenguas, sino a partir del funcionamiento, dentro de la lengua griega, de principios generales del lenguaje, como la analogía.

El libro consta de introducción y diez capítulos, seguidos de índices de siglas bibliográficas y de palabras griegas, y de griego silábico, armenio, latín y sánscrito. Tal como indica el autor en el prólogo, los estudios se pueden separar en dos partes que podrían titularse «Léxico y etimología» (capítulos 1-6) y «Léxico y representaciones» (capítulos 7-10). La unidad del conjunto se mantiene por la preocupación por las representaciones con que se relaciona el léxico, por la atención a la dimensión formal y etimológica y por la unidad de método, que es filológico.

1. «Verbes de sonorité à vocalisme expresif en grec ancien». Se presenta el estudio de un grupo de verbos que denotan 'emisión de sonidos' y cuyo vocalismo entra en el juego de oposiciones que sigue:  $\iota$  para sonidos pequeños y considerados favorablemente,  $o$ ,  $ou$  y  $\omega$  para sonidos fuertes y considerados desfavorablemente, y  $\alpha$  para ruidos de gran sonoridad, en una distribución de valores pareja a la que apuntara Platón en el *Crátilo* para el valor de las vocales consideradas como huellas de la naturaleza de las cosas. El vocabulario estudiado se compone en primer lugar de verbos que presentan un lexema monosilábico basado bien en onomatopeyas o interjecciones, bien en pseudo-radicales de valor expresivo. En segundo lugar, encontramos verbos que presentan series vocálicas expresivas bisilábicas, o trisilábicas, las más complejas:  $\iota\text{-}\iota$  y  $\iota\text{-}v\text{-}\iota$ ,  $o\text{-}v$  y  $o\text{-}o\text{-}v$ ,  $\alpha\text{-}\alpha$  y  $\alpha\text{-}\alpha\text{-}\alpha$ . La vocal  $v$  es ambivalente, pues en ático ha evolucionado de /u/ a /ü/, y así, la encontramos en series expresivas opuestas. Hay, en suma, un sistema que no se explica por la morfología heredada: las secuencias son funcionalmente opositivas, como se ve al comparar, por ejemplo,  $\kappa\rho\acute{\iota}\zeta\omega$ ,  $\kappa\rho\acute{\alpha}\zeta\omega$  y  $\kappa\rho\acute{\omega}\zeta\omega$ , pero las oposiciones son principalmente binarias, como entre  $\pi\iota\pi\acute{\iota}\zeta\omega$  y  $\pi\omicron\pi\acute{\iota}\zeta\omega$ . No se han explotado todas las posibilidades que ofrece el sistema, pero sí de manera suficiente como para que el sistema sea reconocible.

2. «Frotter, gratter, user, râper»: l'analogie». Trata sobre el grupo de los verbos griegos que significan «frotar», «rascar», desde el punto de vista de la que

Kurylowicz llamó segunda ley de analogía —*Esquisses linguistiques I*, 2ª ed., Munich, 1973, «La nature des procès dits analogiques», artículo de 1949.—: «Les actions dites ‘analogiques’ suivent la direction: formes de fondation > formes fondées, dont le rapport découle de leurs sphères d’emploi». Dicho grupo semántico está sugerido por la propia lexicografía antigua, que suele glosar unas formas del mismo mediante otras. Suelen aparecer glosados por τρίβω y ξύω, ambos formas permanentes del léxico griego, y su vez, τρίβω nunca se ve glosado y sirve para glosar a ξύω, de manera que puede considerarse como indicador del factor semántico común a todo el grupo, el «frotamiento continuo o repetido». El estudio se centra en las formas que presentan los radicales ψα-, κνη- y σμη-, antiguos los tres y que presentan desarrollos morfológicos paralelos. Para estas formas se proponen las raíces \*bbes-, \*ken- y \*smi-, que presentan desarrollos que no responden a un principio de funcionamiento morfológico: una parte importante de los testimonios griegos de estas raíces no se explican por comparación. En griego, los radicales expresivos \*ps-, \*ken- y \*sm-, se han dotado de un espectro de vocales largas η, ω, ι y υ, seguidas o no de un alargamiento consonántico, lo que les proporciona la facilidad de flexión de los temas normales. El modelo es, sin duda el grupo de τρη-, que es antiguo y en gran parte heredado. Por su parte, las formas básicas ψήν-, κνήν- y σμήν-, presentan problemas, en cuanto a su morfología, con rasgos residuales de atemáticos, y en cuanto a su vocalismo, sobre el que los testimonios son ambiguos entre η y α: estas incertidumbres desaparecen en ático en las formas concurrentes con alargamiento en oclusiva, ψήχω, σμήχω, κνήθω. Se estudian además otras series analógicas de verbos con los mismos o distintos radicales: con vocalismo -αίω, verbos en -αίνω relacionados con nociones técnicas, la serie de τρύχω, σμύχω y ψύχω.

3. «Verbes délocutifs en grec ancien». Trata sobre verbos derivados, según la definición de Benveniste —«Les verbes délocutifs», *Mélanges Spitzer*, 1958, p. 57-63 (= *Problèmes de Linguistique Générale I*, 1966, p. 277-285)—, no de otra unidad de la lengua, sino de locuciones del discurso. Al ser los verbos delocutivos principalmente creaciones instantáneas en el mismo acto del hablar, forman un corpus disperso, del que el autor se propone evaluar su importancia numérica y distinguir sus esferas de empleo, en varios apartados. En la comedia, ámbito privilegiado para la documentación de estos verbos, aparecen como eco o remedo del interlocutor, como πατερίζω, que responde a πάτερ, o en referencia a expresiones frecuentes en el discurso, como δημίζω, de ὦ Δῆμιε, o derivados de expresiones familiares, como παππίζω, de πάππα, o de expresiones de salutación, como πολυτιμητίζομαι, de πολυτίμητε, o de gritos rituales o *incipit* de cantos, como ἰηπαιωνίζω. Fuera del contexto de la comedia, se estudian verbos basados en expresiones de bendición y maldición, en sentido amplio, como μακαρίζω, del vocativo μάκαρ o μακάριε, o bien σκορακίζω

de εἰς κόρακας; en términos del vocabulario familiar, como παππάζω, más antiguo que παππίζω, ya mencionado; en gritos rituales o *incipit* que dan nombre a los cantos, como χελιδονίζω; y una serie de verbos basados en mandatos y fórmulas diversas, y que se suelen interpretar como denominativos, como ἤρεμίζω, «calmar», «frenar» (a un caballo), que no deriva del adjetivo ἤρεμος, sino del adverbio ἤρέμα «so». El carácter disperso de este repertorio se ve, sin duda, reforzado por el enmascaramiento de muchas formas en la escritura, como en el caso de μηδὲν ἀγάζειν (A. *Supp.* 1060-1062), interpretado ‘exigir demasiado’, que debe leerse μηδεναγάζω, ‘profesar el μηδὲν ἄγαν’.

4. «Sur deux verbes signifiant ‘cracher’». Se dedica este cuarto ensayo al estudio de los dos verbos griegos que designan «escupir», πτύω y χρέμπτομαι. El primero denota la acción de escupir propiamente, el segundo la de la expectoración previa. Éste se relaciona con el radical *\*ghrem-*, que en otras lenguas no está especializado en denotar ninguna acción fisiológica ni presenta un desarrollo morfológico semejante. De hecho, no se trata de una verdadera raíz, sino de un pseudo-radical expresivo cuya fuerza reposa sobre la secuencia inicial *\*ghr-*, tal como sucede con otras secuencias semejantes, con dos consonantes iniciales. En griego, esta pseudo-raíz proporciona χρεμετίζω «relinchar», y χρέμπτομαι, cuyo grupo -πτ- no tiene justificación morfológica, sino analógica, tal vez de πτάρνυμαι, «estornudar», con seguridad de πτύω. Tampoco éste tiene como base una verdadera raíz, sino un esquema expresivo variable: *\*sp-* en parte del indo-europeo, como el latín *spuo*; *\*py-* o *\*pt-* en otra parte. Πτύω es un término del vocabulario común, que desde Homero se usa para designar la acción de escupir, y presenta el sentido figurado de «rechazar» o «despreciar», o el de hacer un gesto apotropaico. En cambio, χρέμπτομαι es un tecnicismo médico que designa, en principio, la expectoración previa a la acción de escupir. Los dos verbos se dan juntos o por separado, en una relación semántica en la que, o bien designan las dos fases de una misma acción, o πτύω designa el todo y χρέμπτομαι una parte. De todas formas, por sí solo χρέμπτομαι también designa la totalidad de la acción. Se evita fuera del lenguaje médico, bien sea por su carácter de tecnicismo, bien sea por una excesiva crudeza fisiológica, pero Aristófanes y Eurípides (éste en el *Cíclope*) atestiguan su empleo en el lenguaje familiar y vulgar.

5. «De ‘couper’ à ‘insulter’». Al igual que distintas acepciones de un mismo verbo se pueden explicar mediante el esquema genético «golpear» > «insultar», en que de la designación de un daño físico se ha pasado, por extensión metafórica, a la de un daño moral, puede explicarse el significado de un verbo según el mismo esquema: verbos que significan «insultar» habrían significado antes «golpear»; tras un período en que convivieran la acepción física y la figurada, habría quedado sólo la acepción figurada. Este esquema es de realización cons-

tante en las lenguas indo-europeas y permite analizar muchos términos de sentido moral pero de etimología poco clara. En el terreno del vocabulario griego, κατατέμνω, por ejemplo, expresa, además de una violencia física, la noción de «tomarla con alguien», «danzarle investivas». Pero el objeto de este capítulo lo constituyen los verbos de «insultar»: ὀρσολοπεύω o -έω, κερτομέω, λοιδορέω y κηκάζω: en todos estos casos la comparación del significado conocido del verbo con el de sus étimos atestigua una evolución semántica conforme a la matriz metafórica «golpear» > «insultar». A la luz de estos hechos, el autor considera oportuno revisar la etimología del latín *contemno* «despreciar», según esta misma matriz, a partir de un sentido material «golpear» de *temno*, hipótesis que se ha visto rechazada a partir de un escolio que, simplemente, observa que *contemno* no deriva del griego τάμνω.

6. «Grec ύ- pour έπι-: un préfixe oublié?». El prefijo ύ-, de valor próximo al de έπι-, es problemático por distintas razones: no es ya funcional en el griego alfabético, no hay formas comparables seguras fuera del griego, y, dentro del griego, su existencia se ha afirmado en principio sólo para el grupo arcado-chipriota. Sin embargo, se halla presente en bastantes términos antiguos del léxico común, los cuales, aunque no analizables, acaso eran comprendidos como un conjunto por los antiguos. El análisis de las formas ύγιής, ύβρις y ύφεαρ, del griego común, y de los testimonios chipriotas, como el del término ύχηρος, paralelo al ático έπιχειρος, hablan en favor de afirmar la existencia en griego de un preverbo antiguo ύ-, no limitado a un área dialectal, sinónimo de έπι-. Su étimo ha de ser la forma adverbial \*ud, presente en ύστερος, que se opone a πρότερος, de la misma forma que έπίγονοι a πρότεροι. Mas si ambas formas adverbiales convivieron en una etapa del griego, no podía tratarse entonces de sinónimos estrictos: el sánscrito y el gótico muestran que estas dos formas se repartían las nociones de superposición espacial y de sucesión temporal, que son distintas pero que se intercambian con facilidad su expresión, situación que en griego debió ser fatal para la forma más débil.

7. «Frères de sang ou frères de culte?». Al contrario de lo que han afirmado, partiendo de los hechos del griego, estudiosos como Benveniste, en su *Vocabulario de las instituciones indo-europeas*, el indo-europeo \*bhrātēr significa «hermano» (de sangre) y no «cofrade» (hermano de culto). Frente a otras lenguas en que este término sirve para designar ambas realidades, el griego sólo lo emplearía para referirse a ese tipo de fraternidad no de sangre sino asociativa y principalmente de culto. Con ello el griego no representa el estado antiguo, sino una innovación, incluso bastante reciente, pues se dan en esta lengua rastros de empleo del término para expresar una relación tan sólo familiar. En *Il.* 362-363, Néstor aconseja a Agamenón sobre la organización del ejército κατά φύλα, κατά φρήτρας: aquí se ha visto el primer testimonio en griego de una

organización en clanes o fraternías. Pero el análisis de los trescientos cincuenta versos que siguen, con objeto de comprobar si la narración apoya la traducción de φρήτηρ por «clan», arroja como resultado que entre los héroes que combaten emparejados hay un claro predominio de los hermanos en tanto que hijos de un hombre o una mujer en particular: la única fraternidad que resulta precisable en el texto es la de sangre. Diversos pasajes atestiguan la designación de los hermanos mediante adjetivos, coordinados o yuxtapuestos, que hacen referencia a la comunidad de padre y madre, tal como ὀμοπάτριος καὶ ὀμομήτριος, ὀμομήτηρ y ὀμογάστριος, igual que sucede en iranio con *hamamātā hamapitā*: la comunidad de padre y madre es la condición para la fraternidad. Por otra parte, ἀδελφός < \*sm-gwelbh-yo, tiene un paralelo de creación independiente en el védico *sagarbhya-*, que acompaña como epíteto a *bhrātā*, y que refleja el mismo estado que en griego dio lugar a la sustitución de φράτηρ por ἀδελφός. Por último, el análisis de las tablillas micénicas parece confirmar que el término φράτηρ debe interpretarse, si no como «hermano de padre y madre», sí al menos como «hermano de sangre».

8. «Εὐχομαι ou la revendication éloquente». Frente a autores que han explicado anteriormente el significado del verbo εὐχομαι por su vinculación con el lenguaje de la plegaria y el voto, a partir de un estudio parcial de sus empleos, el autor pretende demostrar, partiendo del análisis de la documentación más antigua, constituida por los empleos micénicos (no tenidos en cuenta por Benveniste) y homéricos, que este verbo sirve para expresar ante todo una reivindicación. Los empleos homéricos se reparten en tres grupos: el sujeto reivindica los títulos de que se prevale socialmente, proclama su superioridad frente al adversario en el combate, o reclama un favor a los dioses: puede en este caso prometer una ofrenda o recordar favores antiguos o vínculos previos, a fin de comprometer al dios. Los empleos micénicos, así como uno de los pocos pasajes homéricos que escapan a la anterior clasificación (*Il.* 18.497-508), presentan al sujeto en la situación de una discusión judicial, en la que reclama un derecho. Parece, pues, razonable afirmar que este verbo tiene el valor de «proclamar una pretensión justa». La comparación de εὐχομαι y εὔχος con otros derivados indo-europeos de la misma raíz sugiere que se ha producido una especialización semántica distinta para cada tema.

9. «Λαγχάνω ou l'appropriation légitime». En el caso de λαγχάνω nos encontramos ante un término del vocabulario jurídico, que ha sido interpretado, ya desde la lexicografía antigua, como verbo que designa una operación de repartición por sorteo. Sin embargo, el examen de sus empleos anteriores a la mitad del siglo V a.C. muestra cómo designa, en realidad, una apropiación legítima. Lo que ha sucedido es que la extensión, en la polis

democrática, de derechos políticos tiene como consecuencia la extensión de ese procedimiento, antes ocasional, hasta el punto de motivar una nueva interpretación del verbo. En la épica, *λαχεῖν* tiene siempre como objeto algo a lo que el sujeto tiene un derecho previo, sin que el sorteo tenga una relación necesaria con la acción designada por él. Hay ejemplos en que interviene un sorteo, cuando un derecho común a varios no puede ser realizado por todos, designado por el verbo *πάλλω* u otras expresiones. Los ejemplos de la lírica no hacen sino abundar en la relación entre el verbo *λαχεῖν* y los méritos del sujeto. En las leyes de Gortina, se utiliza el verbo en referencia a la transmisión de bienes en situaciones de divorcio, viudez, orfandad, epicletrado, en que el derecho a la toma de posesión está ligado a un estatuto individual, empleo que está atestiguado ya en el micénico *ra-ke*. Otros textos legales de Creta y de otras zonas de Grecia hablan en el mismo sentido. El estudio de la morfología del verbo, cuyas formas etimológicas son sólo el aoristo activo *ἔλαχον* y el perfecto activo *ἔλογγα*, muestra que el presente activo *λαγχάνω* está elaborado sobre *λαμβάνω*. Como tema de presente etimológico se propone la hipótesis de *ἐλέγχω* en la acepción de «discutir» o «argumentar» en un contexto judicial, en el que la eventual victoria sobre el adversario podría tener como resultado la obtención (*λαχεῖν*) y el disfrute (*λελογχέναι*) de un bien.

10. «Jeux guerriers: phraséologie, étymologies». Se propone la interpretación del verbo *ἐλελίζω* en el sentido de «agitar con jactancia» las armas como parte de un ritual guerrero. Esta forma verbal corresponde a distintas representaciones, entre las que se incluye «sacudir», «estremecer», «hacer vibrar». El verbo aparece en el epíteto *ἐλελίχθων* de Posidón, principal representante griego de la segunda función, y es comparable con el antiguo indio *rejati*, de igual sentido, que aparece con frecuencia en los himnos a Indra y otros dioses de la función guerrera, hasta el punto de que se lo puede considerar vinculado a la fraseología de esta esfera. Se puede reinterpretar, entonces, el verbo *ἐλελίζω* en dos pasajes de la *Anábasis* de Jenofonte, en los que se ha interpretado que designa un grito de guerra, a pesar de su concurrencia con *φθέγγομαι*, «gritar», como «agitar» las armas en una especie de juego o ritual guerrero. La etimología de *ἐλελίζω* lo pone en relación dentro y fuera del griego con términos que remiten a la misma noción.

En resumen, estos diez ensayos suponen una contribución importante de cara a completar lagunas en el conocimiento del léxico del griego antiguo, en cuanto determinadas zonas del vocabulario están poco estudiadas, o términos del mismo han sido objeto de interpretaciones equivocadas, o no se han estudiado de forma exhaustiva aspectos como el grado de incidencia de la analogía en la formación de palabras. Por ello es que los estudios aquí presentados cons-

tituyen, a nuestro modo de ver, una lectura del mayor interés para el especialista en la lengua griega antigua.

DANIEL MARTÍN MARTÍN

TRUJILLO, Ramón: *Principios de semántica textual. Los fundamentos semánticos del análisis lingüístico*. Madrid, Arco Libros, 1996, 450 pp.

El profesor Trujillo expone en este libro una serie de reflexiones críticas sobre lingüística, partiendo del principio de identidad, según el cual una palabra o un texto, lo mismo que las cosas concretas, sólo son objetivamente iguales a sí mismos, mientras que la semejanza entre cosas, palabras o textos es un juicio subjetivo.

La obra, que consta de introducción y veintiocho capítulos, podría dividirse en dos partes. Desde el comienzo hasta el capítulo XVIII se centra en cuestiones predominantemente teóricas entorno a la dicotomía entre significado y denotación, o sistema y norma, que son instancias cualitativa y no cuantitativamente distintas, para terminar por las que serían las propiedades verdaderamente lingüísticas de los textos. Los capítulos XIX-XXVIII versan sobre aspectos más prácticos, como la confusión entre cambio y variación en los estudios léxicos o sintácticos, y la noción de regla gramatical.

Definido el texto como «cada uno de los productos particulares de la gramática», el autor expone en el primer capítulo, bajo la forma de un decálogo de evidencias inmediatas o intuitivas, el principio de identidad, que indica que un texto o una palabra no puede tener ningún equivalente, y, en especial, que no puede ser equivalente suyo ninguno de sus referentes posibles. La equivalencia de un texto con otro, o con un referente, se basa en una semejanza, que no puede ser sino subjetiva.

Esa semejanza es la base de la explicación de la metáfora como sustitución de significados. Pero tal semejanza no se da sino entre los referentes de la palabra «sustituida» y de la palabra «sustituta». Lo que sucede es que la metáfora pone en evidencia la radical alteridad entre el mundo de las cosas y el de las palabras, al contrario de lo que sucede con usos cuyo referente está previamente codificado: la metáfora no es sino un uso al margen de la convención social respecto a la utilidad de las palabras como etiquetas de las realidad.

Dicha convención social, que corresponde a la norma de Coseriu, es lo que a lo largo de este ensayo se llamará segundo código, código simbólico, cultural o de la *Weltanschauung*, en el que palabras o frases se constituyen en etique-

tas de las cosas o de los conceptos que las clasifican: sistema y norma no son, entonces, distintos niveles de formalización de un mismo código, sino dos códigos distintos. Así, las metáforas, o ciertas «incorrecciones» gramaticales, son sólo usos no previstos en el segundo código, y es la confusión entre dos códigos distintos como grados de uno mismo lo que fuerza a ver los usos «anómalos» como sustitutos o desviados de otros usos «normales». Que el significado (valor lingüístico) es distinto y anterior a la denotación (valor simbólico) es la primera consecuencia del principio de identidad, y esa anterioridad es correlativa de la independencia de la palabra con respecto al referente.

Consecuencia de la confusión entre significado y concepto son la mayoría de las polisemias y sinonimias de diccionarios y estudios léxicos, o las distinciones entre usos en sentido propio y figurado, o entre usos correctos e incorrectos. Los conceptos no son componentes reales de las palabras, sino del código simbólico. Los hablantes utilizan las palabras distinguiendo sus significados sin ningún problema, salvo cuando se quiere definir algún significado, dado que sólo pueden definirse los conceptos: los significados, tan concretos como las cosas individuales, no pueden definirse sino sólo intuirse.

La confusión entre significado y denotación no tiene como base la sola creencia ingenua en que las palabras son los nombres de las cosas, o de las clases de cosas. La semántica lingüística de Coseriu, por ejemplo, en cuanto describe la lengua por inducción a partir de los textos, tomados como *únicos* datos reales del idioma, no puede llegar más allá de la descripción sintética de todos los usos documentados: así, el sistema no se diferencia de la norma sino en grado, en cuanto ésta incluye sólo los usos dominantes en una determinada época. Entonces, si el sistema ha de dar cuenta de todas las posibilidades reales del idioma, hay que proceder de forma deductiva, tal como pretendía la gramática generativa, cuya noción *competencia* debía componerse de unidades *a priori*, aunque en la práctica, a la hora de distinguir entre lo gramatical y lo agramatical, recurriera de nuevo a las abstracciones elaboradas a partir de la experiencia extradiomática. En consecuencia, son los textos, en efecto, los únicos datos físicos de las lenguas, pero la propia lengua tiene que considerarse como un conjunto de datos tan reales, aunque no físicos, como los textos.

No carece de interés estudiar la codificación de la experiencia y de los elementos del lenguaje como medios para la denotación, pero lo primero, y obligatorio, para el lingüista ha de ser estudiar la lengua y sus textos. La representación no es una función del idioma, sino del código simbólico, y no puede, por tanto, dar cuenta del significado. Los usos poéticos testifican en favor de la idea de los significados puros. También textos no verbales como los musicales o los pictóricos significan aunque no denoten (e igualmente pueden usarse denotativamente, como sucede en el caso de un himno nacional o de un retrato).

El acceso a un texto es independiente de cualquier referente, e interpretarlo es una segunda operación, dependiente de la denotación. Confundida la

denotación con el significado, resulta necesario introducir una nueva categoría, la connotación, que dé cuenta de los casos en que la relación entre palabra y *denotatum* no resulte previsible. Así, en el ejemplo de Góngora, «la robusta encina, mariposa en cenizas desatada», se denota ‘fuego’, connotado como ‘mariposa’, en función de la semejanza, siempre subjetiva, entre el fuego y una mariposa.

La semejanza tiene una implicación de gran alcance en la práctica de la semántica lingüística, porque afecta a la noción de sinonimia y a la de traducción. Ésta, según el Diccionario de la Academia, consiste en «expresar en una lengua lo que... se ha expresado antes en otra», lo que es una operación imposible en términos estrictamente idiomáticos. Pero no lo es en cuanto el lenguaje se emplea simbólicamente, siempre que los hablantes de una y otra lengua compartan los referentes. Así, los más traducibles son los textos técnicos, cuya propiedad definitoria no es la semántica, sino la precisión comunicativa, que no es una propiedad de la lengua sino del código simbólico.

Pero la cuestión de fondo es la de la sinonimia, que, ya en su definición, es ambigua, porque oscila entre la igualdad y la semejanza de significación. Hay que descartar, en primer lugar, la semejanza, que, no puede ser sino subjetiva. En este punto coincide Trujillo con G. Salvador. Para este autor hay sinónimos en la lengua, aunque no en el habla. Pero si toda diferencia real en el texto, como la que se da, por ejemplo, entre *can* y *perro*, implica una diferencia igualmente real en la lengua, habrá que concluir que no se trata de sinónimos semánticos, sino denotativos.

Desde otro punto de vista, la confusión entre significado y denotación es resultado de la definición del signo como una dicotomía *significante/significado*, y, en consecuencia, del principio de arbitrariedad, que no son hechos del lenguaje, sino términos de una definición del signo. Por el contrario, el significado no existe por separado, no es una parte sino una propiedad de las palabras: lo arbitrario no es la relación entre *significante* y *significado*, sino la relación entre *signo* y *realidad*, mientras que en la intuición del hablante, *significado* y *significante* son idénticos. Es consecuencia de esa separación entre *significante* y *significado*, y del principio de arbitrariedad, que los textos se describan como compuestos de referente (el significado textual, o, lo que es lo mismo, su denotación) y ornato (las connotaciones). Pero la realidad es que la forma del texto, que está constituida por sus componentes de lengua y por las relaciones que se dan entre ellos, es su significado: esos componentes y esas relaciones son sus marcas o propiedades semánticas, entre las que no se halla el referente, porque la realidad no tiene propiedades idiomáticas.

La palabra y el texto se oponen a las cosas por su carácter de *palabra* o *texto virtual*. Éste se halla implicado en el texto real, pero no es explicitable porque sólo puede estar contenido en el único texto efectivo. Se trata de una condición *teórica* que se define como espacio semántico compuesto por el con-

junto infinito de las posibilidades de interpretación del texto. No hay otro texto que el real, pero se lo intuye como «conato» de ser algo distinto. El texto tiene la propiedad de «implicar», pero no es nada de lo que podamos considerar implicado en él. El texto virtual supone una contradicción, pero no *entre* dos textos, real y virtual, sino *en* la «intuición doble» del único texto efectivo. Intuición «doble» también en el sentido de «engañosas»: *«todo texto encierra una mentira: se presenta como si fuera un referente externo, pero no lo es ni está en su lugar. El Quijote, por ejemplo, no son unos hechos reales ni fingidos, ni el relato de esos hechos, sino un conjunto de palabras».*

Si bien, por principio, se afirma que las propiedades del texto no pueden sino ser también propiedades de la lengua, en los capítulos XVII y XVIII se trata sobre una propiedad que es exclusiva de los textos, el valor o «cualidad», entendida como «grado de calidad objetivamente precisable». Esta propiedad es exclusiva de los textos porque ni las palabras ni las reglas de combinación de palabras pueden tener más o menos valor: sólo las combinaciones concretas de palabras pueden tenerlo. El valor o cualidad, que es solidario de la virtualidad, se identifica con el grado en que el texto pueda entenderse y gozarse en situación de vacío referencial, es decir, separarse de cualquier interpretación, y unirse, indefinidamente, a otras: consiste en lo que el autor llama ideas idiomáticas (o, en su caso, ideas musicales, o pictóricas, etc.). Lo distintivo del texto son las relaciones semánticas entre palabras concretas, sintaxis textual de la que depende la presencia o ausencia de esas ideas idiomáticas, que son las formas lingüísticas que puedan intuirse *«como puro texto»*. Si un texto carece de ellas, tenderá a entenderse como sustituto de un referente, es cualitativamente neutro, sólo tiene ideas conceptuales. Si, por el contrario el texto tiene ideas idiomáticas, su reducción a referentes siempre dejará residuo.

Consecuencia de la confusión entre significado y denotación, es también la confusión entre cambio y variación, semántica o sintáctica, entendiendo por variación semántica que una palabra tenga múltiples sentidos (cambio de uso o de referente), y por cambio que a una misma palabra física le correspondan dos o más significaciones, sea en un mismo estado de lengua o en estados sucesivos.

Los estudios estructuralistas, en cuanto una misma palabra física puede ser denotativamente sinónima de distintas palabras o grupos de palabras, la descomponen en varios significados, estableciendo polisemias que frecuentemente ignoran la realidad de la lengua, partiendo del error de pretender definir los significados. Por otra parte, los diccionarios, cuando se presentan casos dudosos, si se pueden identificar étimos distintos para distintas acepciones o grupos de acepciones, entonces elaboran distintas entradas, y, en caso contrario, no, recurriendo a otra lengua o estado de lengua que ya no forma parte de la competencia lingüística de los hablantes. Con todo, aunque la polisemia no es una propiedad de las lenguas, y a cada palabra física ha de corresponder un significado, el caso es que algunas unidades ofrecen serias dudas acerca de si encu-

bren diferentes significados. Pero partiendo de que es la intuición del hablante la que decide si una palabra física corresponde a una o a más de una palabra semántica, se puede demostrar la polisemia de una palabra física, si esta tiene derivados distintos y de significado divergente: esa divergencia de la derivación se dará si los hablantes intuyen palabras semánticas distintas bajo un mismo significante. Ejemplo de ello puede ser el sustantivo español *bala* y sus derivados verbales *balear* y *embalar*.

En el terreno de la sintaxis, se establece una falsa variación (una sinonimia denotativa) cuando, por ejemplo, la preferencia en ciertas comunidades por la perífrasis *voy a cantar* en vez del futuro *cantaré* se juzga como si fuera la elección entre variantes de un valor absoluto de futuro. Se trata, en realidad, de valores sintácticos distintos, aunque correspondan a referentes semejantes: para uno, el acontecimiento futuro se ve, lingüísticamente, como certeza en el presente; para el otro, como intención. En casos como el anterior, la sociolingüística habla de «sinonimia lógica», «comparabilidad funcional», o «alternativas expresivas», subordinando el significado a variables de experiencia.

Se dedican, los capítulos XXIV, XXV y XXVI a comentar de forma extensa cuatro casos en que se ha visto variación sintáctica donde lo que se da es elección entre distintas invariantes. Además del anterior, la igualación de indicativo y subjuntivo en las cláusulas completivas dependientes de verbos de comentario; la igualación del condicional, el imperfecto de indicativo y el imperfecto de subjuntivo en *-ra* en la apódosis de las condicionales; y la igualación de *lo* y *le* en el leísmo.

Los dos últimos capítulos se dedican a aclarar lo que se entiende por regla gramatical. Las reglas gramaticales son posibilidades de creación de usos, y no prescripciones acerca de lo «correcto» y lo «incorrecto» ni síntesis de los usos documentados, que excluyen construcciones perfectamente gramaticales. Como ejemplo, se realiza un estudio detallado de las cláusulas de relativo.

En fin, puede decirse que el profesor Trujillo logra presentar al lector una serie de indicaciones teóricas valiosas acerca de la actividad lingüística, en su vertiente gramatical y en la del estudio de los textos desde el punto de vista semántico. Sin duda el concepto capital de la obra es el de la distinción *cualitativa* entre significado y denotación, pero la perspectiva aquí asumida tiene otras implicaciones importantes, con independencia del grado de acuerdo que susciten en nosotros. Planteamientos como el de la negación de la sinonimia y la polisemia como propiedades de las lenguas, o el del carácter «virtual» de la palabra y el texto, merecen ser objeto de reflexión, y hacen de este libro una lectura de interés para el estudioso de la lingüística.

ARISTÓTELES, *Física*. Texto revisado y traducido por José Luis Calvo Martínez, Madrid, CSIC 1996, cviii +277 pp.

El libro que aquí presentamos pertenece a la colección Alma Mater de autores griegos y latinos. Como ya es característico, esta colección nos ofrece el texto griego y su traducción española en páginas enfrentadas y, por tanto, con la misma numeración. El texto y la traducción de la *Física* están precedidos por una amplia introducción. El Profesor Calvo Martínez ha dividido esta introducción en tres grandes apartados: I. Aristóteles. Vida y obra (11-30); II. La Física (30-66) y III. La presente edición (67-85). En el primer apartado, junto con la exposición de la biografía aristotélica, destacamos el tratamiento del controvertido tema del *Corpus aristotelicum*. Así, respecto a las obras conservadas, el Profesor Calvo Martínez defiende la teoría, mayoritariamente aceptada, de considerarlas apuntes (ὑπομνημονεύματα) redactados por el propio Aristóteles con el objeto de ser explicados y discutidos en la escuela. Esto explicaría el estilo «áspero, elíptico, conciso y repetitivo» de los tratados, así como su carácter abierto propicio a interpolaciones tanto del propio Aristóteles, como de sus discípulos. Trata asimismo de los denominados escritos exotéricos, de los cuales sólo poseemos fragmentos, que constituyen una argumentación no técnica dirigida al común de las gentes, explicando con ello el sentido del término ἔξωτερικοί en la acepción empleada por Aristóteles frente a los λόγοι κατὰ φιλοσοφίαν, a los que Andronico catalogó como ἀκροατικά. Una cuestión relacionada con el *Corpus aristotelicum* es la de su cronología relativa respecto al desarrollo del pensamiento aristotélico. En este sentido, el autor opta por una postura flexible frente a la rigidez de la teoría de Jaeger, llevada al extremo por Düring, admitiendo un desarrollo en el pensamiento de Aristóteles cuyos momentos cruciales no pueden determinarse con claridad dado que ideas esenciales de su filosofía como los principios de potencia y actualidad, las categorías o las causas, están presentes en toda la obra.

En el segundo apartado dedicado en concreto a la Física queremos destacar dos cuestiones: la formación del *Corpus de la Física* y la importancia de la Física aristotélica en la Historia de la Ciencia. En cuanto a la primera cuestión, el profesor Calvo analiza en detalle los problemas que dicho *Corpus* presenta como la clasificación de los libros I-IV y su correspondencia con los tratados enumerados en las listas que poseemos de las obras de Aristóteles. Concluye al respecto que el libro I es un tratado independiente y de carácter introductorio a los tratados físicos, mientras que los libros II-IV constituyen una unidad, sin olvidar que alguna sección de estos libros pudo haber sido segregada y copiada como un libro independiente como, en opinión del autor, sucede con el tratado número 85 de la lista de Ptolomeo. Otro tema problemático es la clasificación de los libros V-VIII, ya que es fácilmente apreciable que el libro VII no tiene conexión alguna con los precedentes ni con los siguientes. El profesor

Calvo entiende que los libros V, VI y VIII son los «tres libros sobre el movimiento» de los que nos informa la tradición de Damas, mientras que el libro VII, también dedicado al movimiento, es independiente. La constitución del *Corpus de la Física* en la que se reunieron tres grupos de tratados independientes se debió, cree el autor, a Andronico. Acerca de la época de redacción de cada uno de estos tres grupos, considera que fueron compuestos antes que las partes más antiguas de la *Metafísica* y que el *De Caelo* y por tanto, «o bien fueron concebidos y escritos como disertaciones en la propia Academia o a caballo entre la etapa académica y Assos» (p. 39). Sin embargo, el libro VIII tal y como lo hemos conservado presenta indicios suficientes para considerarlo una elaboración de la última etapa de Aristóteles (c. 330-323). Calvo Martínez analiza la relación de la Física de Aristóteles con el pensamiento científico anterior, que pretende corregir, y con la Física moderna centrándose en cuatro temas significativos cuales son su concepción cualitativa de la materia, frente a la teoría cuantitativa defendida por la mayoría de los físicos jonios, los Pitagóricos y Atomistas y la Física moderna; su concepción del continuo que le lleva a concebir el mundo como pleno y continuo, infinito en el tiempo y finito en el espacio; su teoría teleológica que, frente a la teoría mecanicista de sus predecesores y de la Física moderna, le lleva a defender la existencia de un lugar natural cuyas consecuencias más inmediatas en Física y Astronomía fueron el geocentrismo y el geostatismo y por último, su teoría dinámica. Incide, sin embargo, el autor en la importancia de Aristóteles en la ciencia moderna al descubrir el método inductivo-deductivo que es el método científico por excelencia.

El tercer gran apartado está dedicado de manera específica a la presentación de esta edición y traducción del texto. En cuanto a la edición hemos de señalar que, aparte de la enumeración y descripción de los principales manuscritos de la Física, el autor ha revisado los tres manuscritos escurialenses que no habían sido estudiados por Ross (Oxford, 1936). El profesor Calvo Martínez tras el estudio de los manuscritos del Escorial confirma tres hechos: la transmisión contaminada de la Física aristotélica, la introducción por parte de los copistas de lecturas propias o extraídas de los comentaristas y que la rama manuscrita menos extendida es la del manuscrito E (*Parisinus* 1853, s. X) (págs 68 y ss donde se describen los diferentes manuscritos). El autor establece un texto que «trata de mantener un equilibrio entre el texto de la vulgata y las aportaciones de los sucesivos editores o estudiosos de la Física» (pág. 79). Opta pues, por un aparato crítico no muy extenso (remite al de la edición de Ross que recoge todas las variantes de los manuscritos colacionados) en el que no incluye algunas omisiones como la del artículo o de partículas o del nexa *καί*; ni variantes alomórficas ni la alteración del orden de palabras cuando en ningún caso se vea afectado el sentido del texto. Digna de mención nos parece la actitud tomada por el autor ante la traducción de algunos términos técnico-científicos. Así, en un intento de lograr una traducción fiel, ágil e inteligible de un texto difícil, a

la par que «liberada de términos anticuados e inexactos» y dotada de consistencia y sistematicidad, ha optado por un significado único para términos como εἶδος ('forma') o φύσις ('Naturaleza'). Igualmente, ha desechado, como el propio autor señala, las traducciones viciadas del latín escolástico y otras que han quedado obsoletas ante los cambios semánticos que ha experimentado el español e, incluso, se decide por una traducción 'etimológica' para reproducir el carácter fluido que poseen los términos en Aristóteles. Ejemplos de esta actitud son la traducción de τὸ ὄν como 'lo que-es' y no como 'ente', la de τὸ ἐξ οὗ por 'aquello a partir-de lo-cual' y no por 'causas' o ἐντελέχεια por 'acto'. La introducción, que también recoge un resumen del contenido de la *Física*, termina con un cuarto apartado dedicado a una recopilación bibliográfica que abarca ediciones, traducciones y estudios generales y específicos de la *Física* de Aristóteles.

En cuanto al texto y la traducción de esta obra señalaremos que tanto el aparato crítico como las notas, de diferente condición y con numeración independiente para cada libro, ayudan al lector a la lectura y comprensión de este tratado aristotélico. A esto hay que añadir que el lector ante cualquier duda siempre puede recurrir al texto griego en página enfrentada a la versión española.

M<sup>a</sup> JOSÉ MARTÍNEZ BENAVIDES

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. Javier, *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, ed. Gredos, Madrid, 1996, 371 pp., introducción, traducción y notas.

La presente obra hace el número 222 de la prestigiosa colección *Biblioteca Clásica* de la no menos afamada editorial madrileña de Gredos. El traductor en esta ocasión es Profesor Titular de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares, autor de numerosos trabajos de su especialidad, muchos de ellos relacionados con la temática del libro que comentamos. El aliciente máximo de la misma reside en el hecho de que es ésta la «primera versión que se lleva a cabo en cualquier lengua moderna de un conjunto de textos tan curioso y original» (p. 39). Siguiendo el esquema general de las traducciones de esta colección, el autor expone en una introducción (pp. 7-39) toda una serie de cuestiones previas cuyo conocimiento resulta imprescindible para mejor comprensión de los textos que vienen a continuación. Entre estas cuestiones está la propia definición del género paradoxográfico, definido como «el relato de hechos y fenómenos maravillosos» (p. 7), su formación y precedentes, aspectos formales de su compilación, la utilización de las fuentes, la transmisión de los textos,

una bibliografía general (en la que hay que resaltar las obras generales de A. Westermann y A. Giannini), para terminar con unas palabras sobre la traducción actual, realizada sobre la edición de A. Giannini (*Paradoxographorum Graecorum Reliquae*, Milán, 1965) y O. Musso (*Rerum Mirabilium collectio*, Nápoles, 1985). De acuerdo con el autor, la atracción por lo extraordinario es una constante de la mente humana a lo largo de la historia, que en el caso de los griegos habría que poner en los comienzos mismos de su literatura, con la *Iliada* y la *Odisea*, pero alcanza su apogeo hacia los siglos V y IV a. C., con historiadores como Ctesias de Cnido o los propios historiadores de Alejandro Magno (Onesicrito, Nearco, Clitarco, etc.). La paradoxografía como género literario específico, no obstante, nace según nuestro autor, a la sombra de las grandes bibliotecas helenísticas, sobre todo de la de Alejandría, por lo que es un género libresco surgido del furor sapiencial que había asaltado a los hombres de letras de la época, fascinados por la inmensa cantidad de obras que afluían desde todas partes» (p. 27). No es una literatura de gran altura desde el punto de vista formal, pero como literatura de evasión alcanzó un extraordinario éxito de público, ya que camuflaba bajo un ropaje serio y venerable una clase de información distorsionada y confusa. Los términos técnicos que se suelen emplear para designar esta literatura son los de *paradoxa* («cosas extraordinarias») y *thaumasia* («cosas maravillosas»), con su correspondiente traducción latina de *mirabilia*, que moderadamente suele seguir utilizándose en la actual crítica literaria. La lista de autores que entran bajo la rúbrica de paradoxógrafos es impresionante: Calímaco, Filostéfano, Arquelao, Mírsilo, Antígono, Filón, Ninfodoro, Polemón, Apolonio, Agatárquides, Isígono, Nicolao, Alejandro, Sotión, Flegón de Trales, Protágoras, Pseudo-Aristóteles, Éforo, Teopompo, Aristandro, Diófanes, Africano, Estratón, Bolo, Mónimo, Lisímaco, Pseudo-Orfeo, Agatóstenes, Hierón, Aristocles y Trófilo, además de otros conocidos como Paradoxógrafo Florentino, Vaticano y Palatino, así llamados según el lugar en el que se conserva el manuscrito griego que lo contiene. De todos ellos destacaríamos la obrita que se conoce como *Relatos maravillosos* (pp. 202-251), que para muchos autores es obra del círculo aristotélico (de ahí su nombre de Pseudo Aristóteles), que viene a ser «el escrito más amplio y completo que ha llegado hasta nosotros de esta clase de literatura» (p. 202). Cada autor de los citados viene precedido de una introducción, en la que se contienen los datos más relevantes que resultan imprescindibles para una recta comprensión del autor y su obra (la mayoría de las veces constituida por fragmentos y citas de otros autores). El volumen se acompaña de un índice de lugares (pp. 351-357), fundamental en este tipo de literatura, un índice onomástico (pp. 358-361), indicativo de todos los nombres antiguos citados, un índice de autores citados (pp. 362-364) y un índice de pueblos y lugares maravillosos (pp. 35-367). A quienes nos dedicamos, de alguna manera, a aspectos del mundo antiguo que podríamos llamar de «geografía mítica», esta traducción del Prof. Gómez Espelósín es una aportación extraordinaria para futuras investi-

gaciones. De ahí que la recomendemos vivamente a todas aquellas personas que, en mayor o menor medida, se sientan atraídas por el mundo de lo maravilloso y extraordinario.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

GARCÍA MORENO, Luis A.-GÓMEZ ESPELOSÍN, F. Javier, *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Alianza Editorial (Libro de bolsillo 1794), 4 ilustraciones, 514 pp., Madrid, 1996.

Si había un tipo de literatura griega necesitada de una primera versión castellana urgente era precisamente la literatura de viajes que aquí se recoge, compuesta por los siguientes autores y obras: *Sobre la India*, de Ctesias de Cnido (pp. 11-36); *Periplo del mar junto a las costas habitadas de Europa, Asia y Libia*, del Pseudo-Escilax (pp. 37-98); *Periplo de Hanón* (pp. 99-121); *Sobre el Mar Eritreo*, de Agatárquides de Cnido (pp. 122-277); *Periplo del Ponto Euxino*, de Arriano de Nicomedia (pp. 326-351); *Descripción de la tierra habitada*, de Dionisio el Periegeta (pp. 352-408); *Epítome del Periplo de Menipo Pergameno*, de Marciano de Heraclea (pp. 409-433); *Periplo del Mar exterior, oriental y occidental*, de Marciano de Heraclea (pp. 434-508). El Profesor García Moreno se ha encargado de las introducciones, traducciones y notas de Agatárquides y de los Periplos transmitidos bajo el nombre de Marciano de Heraclea, mientras que el Profesor Gómez Espelosín lo ha hecho de los restantes. Se trata de una literatura geográfica que tanto por la falta de ediciones accesibles (la presente traducción se hace en general sobre los *Geographi Graeci Minores*, de Müller) como por la ausencia de estudios generales dedicados al tema ha permanecido ignorada incluso por los estudiosos del mundo clásico. La literatura de viajes es un género que está de rabiosa actualidad. La bibliografía sobre ella en lenguas como la francesa, alemana, inglesa y española resulta impresionante. De ahí que la presente recopilación contribuirá con toda certeza a divulgar más ampliamente el caso de la griega. Cada obra está precedida de una introducción que, en algunos casos, (*Periplo de Hanón*, Dionisio el Periegeta) son verdaderas actualizaciones del *status quaestionis* del autor correspondiente. No en balde ambos traductores son grandes especialistas de los temas geográficos y viajeros del Mundo Antiguo. La lectura de los autores y obras que se incluyen en la presente monografía es de obligado cumplimiento para todos aquellos que se quieren acercar a los datos etnográficos de los griegos antiguos.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

GUZMÁN GUERRA, Antonio, *Manual de Métrica griega*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1997, 183 pp.

Es éste el segundo volumen de la colección dirigida por A. Bernabé *Instrumenta Studiorum* de la editorial Ediciones Clásicas, después de que el propio director de la colección abriera la misma con su *Manual de crítica textual y edición de textos griegos* (1992). El Profesor Guzmán Guerra, Catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, era una de las personas más indicadas de las Universidades españolas para escribir un manual de métrica griega. No en vano procede de la escuela de Filología Griega auspiciada por el siempre recordado Profesor Lasso de la Vega, uno de los mejores helenistas españoles de esta segunda mitad de siglo. A esta escuela, a la que me honro de formar parte, aunque en otro dominio, pertenecen, en el campo de los estudios métricos griegos, además del Profesor Guzmán Guerra, los Profesores Elsa García Novo, Luis Miguel Macía Aparicio, Pedro Carrión, L. Cañigral Cortés, F. García Romero y Blas Jesús Rodríguez Pérez, entre otros. De todos ellos creo que el mejor que podía escribir un tratado de métrica griega en español era el Profesor Guzmán Guerra, quien inauguró, si mal no recuerdo, la serie de Tesis doctorales dirigidas por el citado maestro, allá por 1975, con un trabajo titulado, *Las series métricas de transición en los versos líricos de Eurípides*. El propio autor nos advierte en el prefacio (pp. 9-10) que su manual no aspira a ser ni un tratado erudito ni una monografía sobre métrica griega, sino, a lo sumo, «un nuevo *Instrumentum studiorum*, sintético, riguroso y práctico», lo que constituye la mejor y más breve descripción del libro que nos disponemos a comentar. En este mismo prefacio su autor agradece su colaboración a una serie de amigos y colegas que le han asistido y asesorado de diversa manera en el transcurso de la redacción de la obra, entre los que cabe citar especialmente a Alicia Villar Lecumberri, a Félix Piñero Torre, a Luis Miguel Macía Aparicio y a Fco. Javier Martínez García, «sin dejar de recordar con admiración intelectual al Prof. Lasso de la Vega», con quien el autor se inició en estos menesteres (p. 10).

El manual se estructura en diez grandes capítulos. El primero viene a ser una introducción (pp. 12-31), en la que se abordan una serie de cuestiones previas generales que van desde la propia definición de la materia («la métrica es el estudio de las formas rítmicas de la poesía», p. 12) hasta unas consideraciones sobre el problema del acento y del *ictus*, pasando por otras no menos interesantes como los métodos y principales tendencias en los estudios métricos (*Metrikoi*, *rhythmikoi*, historicismo, *observatio maasiana*, métrica estructural, métrica generativo-transformacional y otras tendencias más recientes), y algunas nociones básicas de prosodia griega y cuestiones terminológicas (como ritmo, pie, metro, *kolon*, verso, sistema, periodo, estrofa, modalidades de ejecución, etc.).

El segundo capítulo (pp. 32-46) se dedica a la cesura y al zeugma en el verso recitado, donde se expone todo un cúmulo bien documentado de definiciones y características de estas dos nociones básicas, con su comportamiento y distribución en el verso griego recitado, así como su papel y función según teorías de prestigiosos metricistas, tales como Hermann, Porson, Maas, etc. El tercer capítulo (pp. 47-67), uno de los más extensos del manual, trata del hexámetro de Homero (el más ampliamente descrito, como no podía ser menos), de Hesiodo, de Calímaco, de Apolonio de Rodas, del dístico elegíaco o de los dáctilos líricos, además de un tipo de «hexámetro científico», perteneciente a la *Orbis descriptio* de Dionisio el Periegeta (p. 61). Los restantes capítulos de la obra se refieren a otros tantos tipos de metros, como son el yambo recitado (pp. 68-84), el tetrámetro trocaico y los *kola* trocaicos (pp. 85-96), el anapesto (pp. 97-109), los *kola* eolocoloriámicos, enoplios y prosodíacos (pp. 110-121), los metros jónicos, dóricos y créticos (pp. 122-138) y los dáctilo-epítritos (pp. 139-150). Especialmente interesante nos parece el capítulo diez (pp. 151-164), en el que el autor aborda la siempre espinosa cuestión de los principios métricos de composición de un texto poético y sus conceptos de colometría, periodología, estructura estrófica, etc. A lo largo de todo el manual no faltan ejemplos prácticos de textos griegos comentados y estudiados según los principios metodológicos de la escuela del Prof. Lasso de la Vega, como son, por citar sólo unos ejemplos, los casos de *Antología Palatina 13.1* (p. 62), la inscripción sepulcral Peek 1.33 (p. 63), Arquíloco *fr. 13West* (pp. 63-64), Esquilo, *Eu* 916-920 (p. 82), Sófocles *OC*. 1683 ss. (p. 82), Esquilo, *Ag*. 218-227 (p. 84), Ananio *Fr. 5D* (pp. 86-87), Aristófanes, *Paz* 556-559 (p. 89), Eurípides, *Fenicias*, 638-656=657-675 y 676-689 (pp. 92-94), Esquilo, *Suplicantes* 28-37 (p. 101), Aristófanes, *Acarნიenses*, 626-635 (p. 102), Esquilo, *Suplicantes*, 1-39 (pp. 105-106), Eurípides, *Troyanas*, 122-152 (pp. 106-107), Aristófanes *Nubes*, 563-74 (p. 114) y 949-58 = 1024-1033 (p. 115), Eurípides, *Alceste*, 962-972 = 973-983 (pp. 119-120), Eurípides, *LA*. 543-557 (p. 120), Simias *fr. 8D* (pp. 120-121), Eurípides, *Cíclope* 495-502 = 511-518 y 503-510 (pp. 123-124), Esquilo *Persas*, 81-86 = 87-92 y 93-100 (p. 126), Eurípides, *Bacantes*, 370-385 = 386-401 (pp. 128-129), Eurípides, *Medea*, 1271-1281 = 1282-1292 y *Hécuba*, 1056-1062 (p. 134-135), Eurípides, *Orestes*, 1418-1424 (p. 137-138), Eurípides, *Medea*, 410-420 = 421-430 (pp. 147-148), Eurípides, *Andrómaca*, 766-776 = 777-788 y 789-801 (p. 149), Píndaro, *Nemea 1* (pp. 156-157), Eurípides, *LA* 543-557 = 558-572 y 573-589 (pp. 161-162).

El manual del Prof. Guzmán Guerra se completa con una bibliografía (pp. 165-174), muy bien elegida y distribuida por tratados generales y monografías y trabajos particulares, un índice analítico (pp. 175-176), en el que se recogen los principales conceptos y términos técnicos, un índice de los pasajes de los autores citados y comentados a lo largo de la obra (pp. 177-181) y un índice de autores (pp. 182-183) que se han significado algo en la métrica griega, sin olvidar la

lista de los signos métricos y abreviaturas que aparecen al comienzo de la obra (p. 11).

Como todos los filólogos griegos saben, la métrica es una de esas disciplinas de nuestra especialidad más difíciles de dominar, por lo árido y técnico que resulta su estudio, para lo cual se requiere un amplio conocimiento de otras materias (crítica textual, codicología, paleografía, etc.), además de tener cierto sentido del ritmo y la musicalidad. Pero su dominio resulta imprescindible si se quiere tener una cabal comprensión de los textos poéticos del griego antiguo. En España estábamos acostumbrados a los manuales conocidos de Dain, Korzeniewski, Koster, Maas, Snell, West, etc. De ahí que resulte muy satisfactorio para los helenistas españoles poder contar, por fin, con un manual hecho en español por uno de los filólogos más preparados para ello, como es el Prof. Guzmán Guerra, por lo que estamos seguros de que pronto se convertirá en el libro de referencia para esta materia en las aulas universitarias españolas.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

LARA, Dolores, *Iniciación a la lexicografía griega*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1997, 126 pp.

Dentro de la prestigiosa serie de la editorial madrileña Ediciones Clásicas, *Instrumenta Studiorum*, dirigida por el Prof. A. Barnabé, se publica como tercer volumen esta *Iniciación a la lexicografía griega*, obra de una de las más importantes colaboradoras del Prof. Adrados en el C.S.I.C., donde ella misma es Investigadora Científica y coautora de los fascículos publicados hasta la fecha del monumental *Diccionario griego-español*. Después de la publicación en 1977 de la estupenda *Introducción a la lexicografía griega*, por obra de F. R. Adrados, E. Gangutia, J. López Facal y C. Serrano, todos ellos compañeros de trabajo de la autora, se echaba en falta esta *Iniciación*, con tratamiento de aspectos y cuestiones más técnicas que no se abordan en la *Introducción*. Ya en el propio prólogo de la obra que comentamos (pp. XI-XII) la autora empieza por intentar delimitar conceptos que muchas veces se confunden, como son los de *lexicología* («estudio de las palabras y su significado en una lengua o grupo de lenguas») y *lexicografía* («la actividad que tiene como objeto la realización de diccionarios»).

La obra consta de dos partes. En la primera (p. 1-35) se abordan cuestiones generales de lexicografía, como aspectos históricos de la lexicografía griega, desde sus comienzos hasta la época actual, las bases teóricas de la lexicografía

actual y los distintos tipos de lexicografía especial. Muy importante nos parece la distinción que hace la autora entre *concordancia*, *índice* y *léxico* (pp. 19-20), que muchas veces solemos colocar bajo una misma rúbrica, pero que conviene diferenciar. También creemos que es muy útil el apartado dedicado a delimitar otras clases de diccionario o estudios lexicográficos como son los de nombres propios, etimológicos, de papiros, gramaticales, etc. (pp. 30-32). La segunda parte (pp. 37-79) es la más técnica y propiamente lexicográfica, con tratamiento de aspectos como los relacionados con la redacción de artículos en un diccionario, la metodología empleada, o los modelos de redacción de famosos y conocidos diccionarios griegos como el L. S. J. o el DGE. Esta parte resulta de sumo interés para el lingüista griego, ya que en ella se tocan aquellas cuestiones imprescindibles con las que se tiene que enfrentar todo filólogo griego: lematización, traducción, semántica, etc. La obra se completa con unos apéndices (pp. 80-124), en los que se ilustran diversos estudios lexicográficos a lo largo de toda la historia, como unas glosas de Filetas transmitidas por Ateneo y Hesiquio (pp. 80-81), hasta una página del DGE en curso de elaboración (pp. 120-121), pasando por otros como el *Glosario de voces hipocráticas* de Erotiano (pp. 82-83), el *Onomastikón* de Pólux (pp. 86-87), el *Diccionario de Stephanus* (pp. 88-89), el *Greek-English Lexicon de Liddell-Scott* (pp. 90-91), etc. La bibliografía (pp. 125-126) es muy escueta, pero muy bien seleccionada, ya que contiene los manuales y obras que han significado un hito en esta materia.

Pensamos que la obrita de Dolores Lara será un excelente instrumento de ayuda para iniciarse en la práctica lexicográfica de nuestros alumnos, muchos de los cuales inician sus labores de investigación con realización de índices, léxicos o concordancias de autores griegos, por lo que en repetidas ocasiones se ven necesitados de algún conocimiento más profesional como el que les ofrece esta *Iniciación*.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

PLÁCIDO, Domingo, *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, ed. Crítica, Barcelona, 1997, 380 pp., 56 ilustraciones.

Esta publicación forma parte de la prestigiosa serie de Arqueología de la editorial catalana Crítica, dirigida por la afamada especialista en el mundo fenicio, M<sup>a</sup> Eugenia Aubet. Domingo Plácido, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense, es uno de los mejores discípulos del inolvidable

maestro de Historia Antigua D. Santiago Montero Díaz, con quien se doctoró allá por los inicios de los años setenta con un trabajo titulado *La polis en el pensamiento de Protágoras*, que habría de constituir una de las principales preocupaciones de nuestro autor. El Profesor Plácido es autor de numerosos y conocidos trabajos en el campo de la historia antigua griega (sólo en el presente volumen se citan más de treinta y siete) y ha ejercido la reseña de libros científicos a nivel divulgativo en diarios nacionales como el *ABC Cultural* y el *Cultural* del reciente *LA RAZÓN*. Como él mismo reconoce en el preámbulo (pp. 9-10), ha enriquecido su formación científica con numerosas visitas a centros y universidades extranjeras, como la British Academy, el CNRS francés, el CNR italiano, el Institute of Classical Studies de la Universidad de Londres, la Ashmolean Library de Oxford, el Centre de Recherches Comparées des Sociétés Anciennes de París, el Centre d'Histoire Ancienne de la Universidad de Besançon y los Departamentos de Filosofía y Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Perugia. La presente publicación se ve beneficiada de tan rica estancia en tantos prestigiosos centros de investigación europeos como los citados. La guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, del 431 al 404 a. C., es uno de los acontecimientos más sobresalientes de la Grecia antigua, cuyas consecuencias habrían de ser decisivas para la posterior evolución del pueblo griego, como tenemos ocasión de ver en la obra de Tucídides (460-455-399 a. C.), el mejor cronista de esta guerra que nos ha legado la Antigüedad. El Profesor Plácido ha querido reflejar en su libro no sólo los típicos aspectos que suelen acompañar a los trabajos de sociedades, como son los económicos, políticos y militares, sino, muy principalmente, los referidos a manifestaciones artísticas, religiosas y teatrales. Su obra se estructura en dieciocho capítulos, que van desde el estado de la sociedad ateniense en el año 431, comienzo de la guerra, a modo de introducción (pp. 11-26), hasta el capítulo dieciocho, a manera de conclusión, sobre los orígenes de la crisis de la polis (pp. 292-296), pasando por episodios y temas como la época de Pericles (pp. 27-45); la segunda parte de la guerra arquidámica (pp. 46-63); la paz de Nicias (pp. 64-77); la época de la expedición a Sicilia (pp. 78-96); la oligarquía y el último periodo de la guerra (pp. 97-111); el ejército y la marina (pp. 119-143); el campesinado y el trabajo agrícola (pp. 144-157); el comercio (pp. 158-169), artesanos y profesiones (pp. 170-180); el arte clásico (pp. 181-191), el pensamiento y la religiosidad (pp. 192-209), el funcionamiento de la Asamblea y los órganos de Gobierno (pp. 210-229), el teatro y su público (pp. 230-260); la estructura urbana de Atenas (pp. 261-268), la historiografía (pp. 269-277) y la sociedad ateniense en la perspectiva intelectual del siglo IV (pp. 278-291), a los que acompaña numerosas y eruditas notas que se recogen en las páginas 299-340. Una elocuente muestra de la seriedad y rigurosidad con que se ha preparado el libro que comentamos la tenemos en la riquísima bibliografía citada que aparece consignada en las páginas 341-369, lo que demuestra que cada capítulo de los anteriormente mencio-

nados ha sido abordado como si se tratara en cada caso de un auténtico especialista. El libro se acompaña de 56 ilustraciones (entre las pp. 224-225), cuyo índice de referencias de donde han sido extraídas viene consignado en pp. 376-378. La obra cuenta además con un índice alfabético (pp. 370-375) de nombres y autores, así como de un utilísimo listado de abreviaturas (pp. 297-299). No exageramos un ápice si afirmamos que nos encontramos ante uno de los estudios más completos y exhaustivos del momento álgido de la sociedad ateniense de los realizados hasta el momento, por lo que su lectura resulta de obligado cumplimiento para todo aquel que se quiera acercar a este apasionante momento de la historia griega.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Historia de la democracia. De Solón a nuestros días*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1997, 511 pp.

El Profesor Adrados, actualmente Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y miembro de la Real Academia de la Lengua, es uno de los más eximios y conocidos helenistas españoles de esta segunda mitad del siglo XX. Su prolífica obra abarca todas las parcelas de la filología, desde la lingüística y literatura hasta la historia y arqueología, por lo que en él se personifican las características propias de un auténtico filólogo en el sentido que los alemanes atribuyen a quienes dominan toda la *Altertumswissenschaft* o «ciencia de la Antigüedad». Pero su talante intelectual le ha llevado a participar e intervenir muy activamente en innumerables debates y foros sobre cuestiones y problemas de la sociedad actual, colaborando frenéticamente en revistas de divulgación cultural y periódicos nacionales (especialmente en el ABC). Como ejemplo de investigación de una parcela de la Antigüedad que todavía sigue vigente en el mundo civilizado de hoy es la obra que comentamos. Bien es verdad que la historia de la democracia ha sido de siempre un concepto político acerca de cual se ha escrito más, especialmente en los últimos años, como lo ponen de manifiesto títulos como *¿Qué es la democracia?*, de Alain Touraine (que es precisamente el libro con el que se inaugura la colección de Ensayo de la editorial que publica el libro del Profesor Adrados), *El estado ateniense como modelo clásico de la democracia* (Madrid, 1993), de Luis Miguel Macía Aparicio, *Democracia. El viaje inacabado (508 a.C.-1993 d.C.)*, editado por J. Dunn y obra de varios autores (Barcelona, 1995), y *Demokratia. Origini di un'idea*, de D. Musti (1997), no citado en la bibliografía del Profesor Adrados, posiblemente por apare-

cer después de redactado el suyo en el mismo año. De todos ellos creemos que el más completo para el gran público es el del helenista español, aunque inmediatamente hay que decir que el del Profesor L. M. Macía Aparicio posiblemente sea más atractivo para un estudioso del griego, por la excelente antología de textos que recoge, de autores como Aristófanes, Aristóteles, Homero, Jenofonte, Plutarco y Tucídides.

El libro se dedica a los hombres de la generación del autor, «testigos de una historia dramática, también esperanzada» (p. 9). En la introducción (pp. 11-32), el autor pone en relación inmediata la democracia ateniense con las democracias modernas y nos presenta su objetivo: investigar el fenómeno político de la democracia, su tipología, origen, modo de funcionar, evolución, éxitos y fracasos, «en una visión comparativa tanto como histórica» (p. 20). Ni que decir tiene que el Profesor Adrados es un fanático convencido de la importancia de los griegos para la sociedad actual, como lo pone de manifiesto en el siguiente pasaje: «Los griegos están en el origen de todo, desde ellos se llega a todas partes. Y desde la filología se llega a la historia y al pensamiento, al menos hay esa posibilidad. Y cuando se vive en nuestro mundo, inmerso en su universo de ideas y de hechos, irremediablemente mil cosas nos recuerdan a los griegos» (p. 15). En un pequeño apartado de esta introducción, que lleva por título «algo sobre mí mismo» (pp. 20-25), el autor confiesa múltiples aspectos de su vida profesional de sumo interés para un mejor conocimiento de su rica trayectoria intelectual. Especialmente emocionantes son para nosotros las palabras que dedica a acontecimientos madrileños de la vida social y política de fines de los años sesenta y toda la década del setenta, por tratarse de episodios que uno también vivió intensamente. El libro se estructura en dos grandes partes. La primera (pp. 33-206) va desde Atenas hasta Roma y la segunda (pp. 207-440) desde ésta hasta nosotros. En una se abordan capítulos como Solón y la *eumonia* (p. 35 y ss), Clístenes y la *isonomía* (p. 67 y ss.) y de Clístenes a Efilates (p. 85 y ss.), mientras que en la otra se estudian parcelas como algunas ideas generales (p. 209 y ss.), de la democracia de Roma a la revolución americana, en especial el origen de la democracia inglesa (p. 215 y ss.) y de la revolución francesa a nuestros días (p. 271 y ss.), con dos interesantísimos apartados para los lectores españoles: la lucha de la democracia en España y la democracia hoy. El libro termina con un capítulo a modo de conclusión (pp. 441-456), de la que no me resisto a dejar de citar su frase de que «al final, la democracia ha quedado como el único modelo político viable. Con sus problemas, su crisis permanente, sigue siendo la única esperanza» (p. 445). Tras este capítulo se citan las notas que acompañan a cada sección del libro (pp. 457-477), una exhaustiva bibliografía citada en el transcurso de la obra (pp. 477-502) y un índice de personajes históricos (pp. 503-511), de extraordinaria utilidad para la pronta localización de un autor determinado. Dentro de la seriedad y rigurosidad científica a la que nos tiene acostumbrados el Profesor madrileño el libro resulta de

una enorme amenidad, por la corrección y fluidez de la escritura, pues no en vano su autor es uno de los más ilustres miembros de la Real Academia de la Lengua, por lo que resulta altamente recomendable para todos los públicos.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

GUZMÁN GUERRA, Antonio-GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier, *Alejandro Magno. de la historia al mito*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, 271 pp., 25 ilustraciones (entre las páginas 160-161), 4 mapas.

El Profesor titular de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá, F. Javier Gómez Espelosín, y el Catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, A. Guzmán Guerra, han juntado sus conocimientos para elaborar conjuntamente este libro, del que el primero es autor de los capítulos II, III, IV, además del perfil biográfico, y el segundo de los capítulos I, V y VI. Ellos mismos son también coautores de un trabajo de divulgación aparecido en el nº 268 de la revista *Historia 16* (Agosto de 1998) con el título «Alejandro Magno: del mito a la Historia», que, como se podrá comprobar, corresponde exactamente a la inversión del título de la obra que reseñamos, invertido «a fin de que este trabajo no se convierta en una especie de reedición o reseña del mismo», como afirman los propios autores. Pero nosotros creemos que se puede aducir una razón más profunda, y ella es que posiblemente no se podría haber encontrado un ejemplo más apropiado en toda la Antigüedad grecolatina para ilustrar las relaciones tan estrechas que a veces nos encontramos entre el mito y la historia o la historia y el mito, que tanto monta, monta tanto. Efectivamente, viene de largo la polémica que se suscita a veces entre los estudiosos sobre qué es primero, si el mito o la historia, ya que tanto existe el fenómeno de la «historización del mito», como la «mitización de la historia». Como una muestra elocuente de ello nada mejor que la figura de Alejandro Magno, cuyo perfil biográfico (pp. 17-31) inicia así el Profesor Gómez Espelosín: «Alejandro es, sin lugar a dudas, una de las figuras más fascinantes de la historia universal. Muy pocos son los personajes históricos que resisten la comparación con él. Un joven que a su muerte en Babilonia en el año 323 a. C., a punto de cumplir los treinta y tres años, era prácticamente el dueño y señor de todo el orbe conocido. Un hombre que dio al traste con los viejos esquemas espaciales y cronológicos, inaugurando una nueva época y abriendo el horizonte de los griegos casi exclusivamente mediterráneo hasta entonces hacia las tierras de la India y las estepas del Asia Central. Un ser de una personalidad abigarrada, compleja y difícil de comprender ya en su día por sus contemporáneos y más todavía hoy dos mil años des-

pués. Una figura histórica que ha sido enfocada desde las más diversas perspectivas posibles, desde la de un genial estratega capaz de conseguir todas las victorias a su alcance hasta la de un soñador impenitente, inasequible a la fatiga y al desaliento en su afán por lograr una meta que quizá sólo él conocía, pasando por juicios más severos como el del simple conquistador brutal que arrasaba ciudades y ejecutaba personas de su entorno sin mayores escrúpulos, o la del bárbaro ebrio y lascivo, aficionado a todas las extravagancias posibles. Su persona resulta ciertamente excepcional desde todos los puntos de vista» (pp. 18-19). Creemos que mejor no se podría sintetizar la compleja personalidad objeto de estudio de nuestros dos queridos colegas madrileños. No obstante, en la propia presentación de la obra (pp. 11-15) se nos advierte que la intención de los autores no es ofrecer una nueva versión de los múltiples aspectos de una figura tan imponente como la del macedonio, al estilo de las recientes monografías aparecidas últimamente en lengua castellana, cual la de P. Briant, *Alejandro Magno, de Grecia al Oriente* (ed. Aguilar, Madrid, 1989) o la de N. G. L. Hammond, *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, en la misma editorial de la obra que comentamos (Madrid, 1992). Lo que sus autores pretenden con el título que ahora se publica es «elaborar un ensayo introductorio a la personalidad histórica de Alejandro y a la problemática fundamental que envuelve su figura» (p. 14). El Profesor Guzmán Guerra se centra en el estudio de Alejandro como individuo, sus relaciones familiares, educación, compañeros de armas, anécdotas de su vida, etc. (cap. I, pp. 33-76); en el mito de Alejandro y el fenómeno de su divinización (cap. V, pp. 181-201) y en las fuentes histórico-literarias, distinguiendo fuentes griegas, fuentes latinas y fuentes orientales (cap. VI, pp. 203-257). Por su parte, el Profesor Gómez Espelosín aborda aspectos como la herencia de Macedonia (cap. II, pp. 77-102), Alejandro y los griegos (cap. III, pp. 103-129) y la aventura oriental (cap. IV, pp. 131-179). Las 25 ilustraciones que acompañan a la obra están muy bien seleccionadas para hacer patente algunos de los aspectos más llamativos de la vida de tan fascinante figura, lo mismo que los cuatro mapas que se adjuntan en pp. 268-271 ponen muy bien de manifiesto la envergadura de las correrías de nuestro militar desde los comienzos de su expedición al Indo y Éufrates, pasando por el Mediterráneo, capitales aqueménidas, mar Caspio y río Indo. La bibliografía de referencia (pp. 259-260) es sucinta, pero muy bien elegida, clasificada por traducciones de las fuentes, obras históricas y estudios en relación con la literatura y el arte. El cuadro cronológico que cierra la obra (pp. 263-265) es muy útil y abarca los años 359-321, en dos columnas, una para los acontecimientos histórico-políticos y otra para los culturales y exteriores. El libro se lee muy ligeramente, dada la corrección y fluidez con que está escrito, por lo que no es de extrañar que se convierta en un auténtico «best-seller» en poco tiempo. Eso, al menos, es lo que le deseamos a sus autores.

GARCÍA GUAL, Carlos, *Diccionario de mitos*, Ed. Planeta, Barcelona, 1997, 382 pp.

Pertenciente a la serie de los llamados diccionarios de autor de la editorial catalana Planeta, entre los que hasta la fecha han aparecido un diccionario de historia (de J. M. Valverde), otro político (de E. Haro Tecglen), otro filosófico (de Fernando Savater), otro de literatura (de Francisco Umbral), otro de las Artes (de Félix de Azúa), otro del espíritu (de Eugenio Trías), otro de cine (de Fernando Trueba), otro de la ciencia (de José Manuel Sánchez Ron) y otro de ética (de Javier Sádaba), posiblemente sea el diccionario de mitos de Carlos García Gual uno de los más logrados. Los llamados «diccionarios de autor» se caracterizan por ser un tipo de diccionario muy personal, con una visión muy subjetiva de la materia tratada, que muchas veces han suscitado enormes polémicas, precisamente por el propio subjetivismo con el que han sido redactados. No es, creemos, el caso del presente diccionario. Entre otras razones, porque ha sido redactado por uno de los mejores, si no el mejor, conocedores del mito y la mitología que tenemos hoy en día en España. Carlos García Gual, Catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense, ha dedicado al tema del mito muchos de sus libros, entre los que cabe citar, a título de ejemplo, *Prometeo: mito y tragedia* (1979), *Mitos, viajes, héroes* (1981), *La Mitología* (1987) e *Introducción a la mitología griega* (1992). A sus propios conocimientos de la materia mitológica hay que añadir sus brillantes dotes de excelente escritor y prolífico divulgador de la cultura clásica, como nos viene demostrando cada semana y cada mes en las numerosas revistas literarias en las que colabora asiduamente, como, por ejemplo, *Babelia* y *Claves*. No sería nada exagerado si dijéramos que el Profesor García Gual, junto con su maestro el Profesor Adrados, es uno de los más conocidos helenistas españoles fuera del ámbito estricto de la Filología Griega. Y ello se debe en gran medida a esa labor continua y constante que desde hace años viene ejerciendo en la divulgación de la cultura clásica fuera del reducido terreno de lo meramente filológico en las aulas universitarias.

Después de una introducción (pp. 7-14), «de dudosa necesidad», como su propio autor indica, en la que, entre otras cosas, nos da su conocida y repetida definición de mito, según la cual «mito es un relato tradicional que refiere la actuación memorable y paradigmática de unas figuras extraordinarias —héroes y dioses— en un tiempo prestigioso y esencial» (p. 9), el Profesor García Gual pasa a describir, en orden alfabético, un total de ochenta y siete mitos de las más diversas culturas. La mayoría de ellos son, como no podía ser menos, del ámbito de la cultura griega, pero los hay también de la cultura latina (Eneas, Rómulo), bíblica (Adán, Job, Reyes Magos, Salomé), mesopotámica (Gilgamesh), artúrica (Arturo, Lanzarote, Merlín, Perceval), nórdica (Odín), mítica (Arimaspos, Amazonas), histórica (Alejandro), literaria (Carmen, Don Juan, Fausto, Frankenstein, Robinson, Tristán e Isolda), de viajes (Argonautas,

Ulises), animalística (Centauros, Dragones, Esfinge, Pan, Sátiros, Sirenas) y actual (Superman). De los mitos griegos recoge tanto los mitos referidos a dioses (Afrodita, Artemis, Crono, Eros, Zeus, etc.) como a héroes (Agamemón, Antígona, Aquiles, etc.). Son conocidos las dotes de brillante escritor del Profesor García Gual, por lo que, de seguro, su diccionario de mitos se convertirá muy pronto en uno de esos libros de cabecera que tendrá a mano cualquier persona de mediana cultura interesada por el apasionante mundo del mito.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

DÍEZ DE VELASCO, Francisco, *Lenguajes de la religión. Mitos, símbolos e imágenes de la Grecia antigua*, ed. Trotta, Madrid, 1998, 188 pp., 54 ilustraciones.

El Profesor Díez de Velasco, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de La Laguna, especialista en Historia de las Religiones, pertenece a la brillante y prolífica escuela del Profesor J. M. Blázquez, que tantos y tan excelentes historiadores tiene desparramados por todas las Universidades de España. Es una suerte para la Universidad lagunera contar en su claustro con el Profesor Díez de Velasco con quien nosotros mismos hemos colaborado en numerosos eventos culturales y científicos. Por lo demás, el Profesor Díez de Velasco es uno de los pocos Catedráticos españoles dedicados de lleno al mundo de la historia de las religiones, además de ser un extraordinario estudioso del mundo de la imagen y la iconografía. Entre sus publicaciones en estos dominios cabría citar *El origen del mito de Caronte* (1988), que fue su Tesis doctoral, *Los caminos de la muerte* (1995), *Realidad y mito* (1997), *Termalismo y religión* (1998) e *Introducción a la Historia de las Religiones: Hombres, ritos, Dioses* (1998). Es para nosotros un orgullo haber colaborado con el Profesor Díez de Velasco en varias empresas culturales organizadas en el ámbito de nuestra Universidad, en especial en lo que se refiere a la serie de Semanas Canarias sobre el Mundo Antiguo que tanta acogida han tenido entre nuestros alumnos.

El Profesor Díez de Velasco, hay que decirlo de entrada, es uno de nuestros mejores conocedores del mundo de la imagen y la iconografía griega, como lo ha demostrado en sus numerosas publicaciones, entre ellas, además de las citadas anteriormente, las realizadas para el mundialmente conocido *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae* (LIMC), en especial sus artículos referentes a *Nessos* y *Polos*. En el presente ensayo se recogen seis trabajos que en algún caso fueron en su momento brillantes disertaciones orales en otros

tantos cursos y jornadas científicas. Ya por el mero título se puede presumir de qué va cada uno de ellos: «La realidad y el mito» (pp. 15-26), «Los mitos de Europa» (pp. 27-39), «El laberinto griego» (pp. 41-73), «El Jardín de las Hespérides» (pp. 75-129), «Lenguajes de la alteridad» (pp. 131-139) y «La imagen y el mito» (pp. 141-161). El libro se acompaña de una excelente y muy bien seleccionada bibliografía (pp. 163-176) y se termina con un índice de fuentes escritas (pp. 177-181) y fuentes iconográficas (pp. 183-186). En el comienzo del mismo su autor nos presenta una introducción (pp. 9-12), explicativa de lo que va a consistir su obra, y nos da una lista de las abreviaturas utilizadas a lo largo de su trabajo (pp. 13-14). En síntesis puede decirse que estamos ante uno de los ensayos más representativos del buen hacer del Profesor lagunero en el ámbito de la religión, el mito y la imagen, tres dominios en los que es un auténtico especialista.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Álvaro CIFUENTES PÉREZ, *Nueva Antología Latina para la E. S. O. y el Bachillerato*, Ediciones Laberinto-Colección Hermes, Madrid 1998, 205 pp.

Acaba de salir a la luz en un formato muy agradable y en un tamaño muy manejable lo que pudiera parecer una antología más de textos latinos para el bachillerato. Sin embargo, es un trabajo moderno, incardinado convenientemente en nuestro mundo cultural occidental.

El autor aprovecha su doble trayectoria formativa en Filología Clásica y en Pedagogía para presentar un trabajo lleno de claridad, bien tramado y expuesto.

Tras la presentación de la obra por parte de la Dra. Beatriz Antón, Profesora de la Universidad de Valladolid, se da paso a 8 capítulos. La estructura de cada capítulo responde al siguiente esquema: Breve introducción, el texto latino, actividades para el alumno y bibliografía. Evidentemente, me parece que la selección bibliográfica se ha realizado pensando más en el profesor que en el alumno con el fin de que aquel pueda ampliar en la manera apropiada la introducción para sus alumnos.

Me parece acertadísimo que el autor comience con el capítulo sobre «Aforismos y expresiones latinas» (pp. 13-28), porque, aparte de su influencia en la cultura o en la vida cotidiana, suele ser uno de los aspectos del latín que el alumno recuerda con más agrado y provecho, como yo mismo lo he comprobado en mis clases. Los aforismos seleccionados tocan diversos temas como el amor y la amistad, la sabiduría, las ciencias naturales, la comida, la vida académica, la filosofía, la patria, la religión, la verdad o el silencio.

El segundo capítulo, «Textos latinos bíblicos» (pp. 29-43), intenta que el alumno se inicie en la subordinación latina por la facilidad del estilo y la comparación con las correspondientes estructuras sintácticas del español. Presenta textos de la Vulgata y los Evangelios Apócrifos.

El capítulo tercero es una auténtica delicia intelectual: «Textos latinos musicados» (pp. 45-82). A lo largo de nueve epígrafes presenta composiciones tan bellas y conocidas del latín medieval como *Stabat Mater*, *Dies irae, dies illa*, *Pange lingua*, *Carmina Burana*, *Gaudeamus igitur*; de época moderna se incluye el canto litúrgico *Adeste fideles*, también el poema interpretado por el cantante norteamericano Cat Stevens y su grupo. Aparece también una latinización de la bellísima balada del cantante de Tupelo, Elvis Presley († 1977), titulada «Love me tender» (*Tenere me ama*).

Otro gran acierto de esta *Nueva Antología Latina* es un apartado que atiene a una labor muy difícil y poco valorada como es la traducción o la recreación: «Poetas latinos traducidos por poetas españoles» (pp. 83-123). Algunos textos escogidos de Horacio (*Beatus ille*), Catulo, Propertio, Fedro y Marcial son recreados por Fray Luis de León, Luis A. de Villena, Aníbal Núñez, Samaniego y Quevedo.

Un aspecto muy poco atendido en las antologías (lo es incluso en los estudios universitarios) es el de la epigrafía. En el quinto capítulo sobre «Inscripciones latinas» (pp. 125-134) presenta interesantísimas inscripciones como la correspondiente al acueducto de Segovia o algunas modernas de Madrid; pero destaca singularmente la inscripción-epitafio de don Pedro de Lagasca en la iglesia de La Magdalena de la ciudad de Valladolid, situada frente a la casa en donde murió don Cristóbal Colón y junto al palacio mudéjar y convento de Las Huelgas en donde reposa la gran reina española María de Molina.

El apartado de «Miscelánea» (pp. 135-144) recoge algunas curiosidades como el origen del nombre de las notas musicales, recetas culinarias de Apicio.

No faltan amplios textos sobre «El latín de nuestro tiempo» (pp. 145-165), realizados por los redactores de la desaparecida revista *Palaestra latina*, algunos de carácter humorístico, sobre el fútbol, o incluso sobre la gesta del español F. Martín Bahamontes en el Tour de Francia, etc.

El último capítulo se presenta como un vocabulario acerca de «Zoonimia, Fitonimia y toponimia de España» (pp. 167-187). Se concluye el libro con un «Apéndice de términos técnicos de origen griego» (pp. 189-205).

He encontrado algunas erratas que probablemente se deban a la costumbre de permitir corregir a los autores solamente las primeras pruebas.

Tras esta breve exposición, me parece claro que la originalidad de este trabajo es ofrecer unos textos que habitualmente no se encuentra en trabajos similares y que son de indudable interés. El libro se abre con un breve y conocido texto del Arpinate. Tal vez sea preciso recordarlo y, por eso, con dicho texto cierro esta reseña:

Haec studia adulescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solatium praebent, pernctant nobiscum, delectant domi, non impediunt foris, peregrinantur, rusticantur.

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA

Carlos JORDÁN CÓLERA, *Introducción al celtibérico*, Prólogo de Francisco VILLAR, Universidad de Zaragoza, Monografías de Filología Griega-10, Zaragoza 1998, XI + 259 pp.

Para comprender este valioso trabajo, el primer manual de la lengua celtibérica en lengua española, es preciso atender a las clarificadoras palabras de Francisco Villar en el Prólogo: «el celtibérico sigue siendo una lengua muy fragmentariamente conocida y que seguramente lo va a seguir siendo para siempre»; «hay que recordar que el celtibérico continúa siendo una lengua no descifrada a pesar de los esfuerzos meritorios realizados por estudiosos como J. Eska respecto al BBI y de W. Meid sobre casi toda su epigrafía».

Pero, salvadas estas objeciones, el manual es un instrumento utilísimo para todo el que quiera iniciarse desde la filología en la lengua celtibérica, también para historiadores y estudiosos de la Antigüedad española e incluso para el público culto en general.

Han sido los últimos 25 años los que han conocido un desarrollo asombroso de los estudios del celtibérico con el aumento de los hallazgos así como los encuentros y congresos de Paleohispanística. Gracias a todos esos esfuerzos contamos hoy con este instrumento.

Este trabajo se divide claramente en dos partes. La primera presenta una descripción de los rasgos fonético-fonológicos y morfológicos en los capítulos I y II. Mediante la aplicación del método comparativo se inicia cada asunto de forma exhaustiva con las referencias de testimonios indoeuropeos, celtas y los que se consideran propiamente celtibéricos.

Comienza con la definición del celtibérico (pp. 1-3) como una *lingua de corpus fragmentariamente atestiguada*. El celtibérico es claramente una lengua indoeuropea (pp. 3-7). Además, hasta el momento, pertenece al grupo de la lengua celta más arcaica (pp. 7-13). Se describen los rasgos lingüísticos propiamente celtas, tanto las isófonas consonánticas como las isófonas vocálicas (pp. 13-19) y los rasgos lingüísticos celtas compartidos (pp. 19-22). Se adoptó el semisilabario ibérico para el sistema gráfico utilizado por el celtibérico (pp. 23-32).

El siguiente capítulo ofrece la morfología celtibérica, partiendo por la morfología nominal con sus diferentes casos, recapitulados en unos cuadros finales (pp. 33-83). La morfología del adjetivo no precisa una exposición mayor (pp. 84-87). En la morfología verbal presenta un listado y comentario de diversas formas verbales (pp. 87-96). Entre la morfología pronominal, no hay constancia de ningún pronombre personal; entre los demostrativos se encuentra la identidad de la forma latina «iste» con la celtibérica, aunque con distinto uso. Parece que se documentan solamente tres palabras independientes, un adverbio seguro, tres preposiciones, conjunciones y partículas coincidentes con el latín -kue, ne, -ue. El epígrafe del léxico (pp. 104-116) resulta para mí especialmente interesante, pues pertenece en su mayoría a la onomástica: antroponimia, etnonimia y toponimia; también se atiende al vocabulario familiar e institucional.

La segunda parte de la obra, partiendo de su criterio pedagógico, incluye numerosos documentos agrupados según el signario paleohispánico (pp. 117-195) o el alfabeto latino (pp. 197-222), acompañados afortunadamente de sus correspondientes dibujos. Este Capítulo III viene dividido en Leyendas monetales, Grafitos sobre *instrumentum domesticum*, Lápidas sepulcrales, Documentos de hospitalidad, Láminas y placas de bronce de contenido vario. Respecto a la placa de la p. 146 con la inscripción *libiaka*, que parece identificarse con la ciudad del Itinerario de Antonino «Libia», creo que tiene su heredero actual en el municipio de *Leiva* (La Rioja); la distancia marcada en el Itinerario coincide muy aceptablemente (Véase Mapa Militar 21-9; año 1990<sup>2</sup>, designación de «Leiva»: 963059).

En cuanto a la inscripción de la p. 161 y el topónimo «Arecorata» el autor indica que «su localización geográfica es desconocida», aunque antes (p. 117) ya había propuesto la identificación, fonéticamente correcta, con *Agreda* (Soria).

Los documentos en alfabeto latino no han ofrecido una ventaja para el conocimiento del celtibérico. Se encuentran sobre *instrumentum domesticum*, documentos de hospitalidad y textos rupestres. En lo que se refiere a la inscripción de la p. 203, *TAMVÇIENSIS / CAR*, el autor propone la identificación con «Tamusia». En la p. 117 presentaba la interrogación ¿Tamuja (Cáceres)? Puesto que Tamuja hoy solamente es conocido como hidrónimo, me parece que es preciso localizar el topónimo, que creo ha de identificarse con el lugar del hallazgo de la inscripción, esto es, Botija (Cáceres), precisamente junto al río Tamuja. (Yo también me he encontrado con el hidrónimo, aunque bajo una forma medieval paleográfica equivocada «Iamviam», cf. R. M. O., *Iacobus* 1 (1996), p. 31, n. 2).

Se cierra este útil trabajo con un *Censo de isoglosas utilizadas en el estudio* (pp. 223-228), un *Índice de palabras y secuencias gráficas celtibéricas* (pp. 229-240), un cuadro de la *Correspondencia de los documentos citados en la obra con los Monumenta Linguarum Hispanicarum IV*, y la pertinente *Bibliografía* (pp. 245-259).

Doy las gracias al autor, Carlos Jordán, por lo mucho que me ha enseñado con su trabajo, aunque me permitirá mostrarle mi descontento por no haber ofrecido apenas comentario sobre el primer gran bronce de Botorrita y el tercer gran bronce de Botorrita.

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA

CANTARELLA, E., *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*, Eds. Cátedra, Madrid, 1997, 220 pp.

M<sup>a</sup> Isabel Núñez, a través del Instituto de la mujer y la Universidad de Valencia, no ofrece la edición española de esta obra publicada por Giangiacomo Feltrinelle Editore en 1996.

Se trata de un nuevo acercamiento al mundo antiguo a través del papel femenino, que representa una de las principales líneas de trabajo de esta autora, como muestran los títulos de sus trabajos, algunos de los cuales han conocido ediciones en nuestro país (*La calamidad ambigua*, 1991, *La mujer romana*, 1991, *Según natura*, 1991).

Como leemos en la contraportada «este libro supone un convincente cuadro de la condición femenina entre la sociedad republicana y la época augústea» y se divide en dos partes; la primera titulada «Orígenes de Roma» analiza los escasos datos que los escritores proporcionan acerca de la mujer en este período, datos que rozan la leyenda y la mitología. La escritora dibuja este período en torno a un tema: el «silencio femenino» que entiende como «el silencio impuesto por los romanos a las mujeres ya desde el mismo momento en que éstos dieron vida a la organización ciudadana». Esta primera parte se abre, a modo de introducción, con la historia de la diosa Tacita Muta —la ninfa a la que Júpiter arrancó la lengua por haber contado lo que no debía, adorada como diosa del silencio y representativa, por tanto, del silencio y subordinación femeninos— y se continúa con el primer capítulo «A la búsqueda del poder perdido», en el que se exponen una serie de argumentos que intentan rebatir las teorías de quienes han tratado de demostrar un cierto poder femenino, e incluso hablan de una sociedad matriarcal, en las comunidades indoeuropeas y pueblos itálicos (latinos, etruscos, sabinos). Nuestra autora emprende este camino a través de la reinterpretación de los mismos datos, que sirvieron de base a esos otros estudios para elaborar las citadas teorías; son las leyendas que nos ponen en contacto con las historias de Tanaquil, Lavinia, la chica de Ardea, Ersilia, Camila y Clelia. Una nueva lectura que ve en las leyendas con protagonistas femeninos

una simbología y el reflejo de una serie de ritos que marcaban las diversas etapas de la vida de la mujer, sin conexión con cualquier tipo de poder femenino que la autora de este libro parece empeñada en desmentir.

La segunda parte se titula «La ciudad» y se divide en dos capítulos: «La época arcaica» y «La emancipación» y, en palabras de su autora, «trata de recoger los cambios producidos en la condición femenina a partir de la consideración de la nueva libertad de palabra de que disfrutaron las mujeres en aquellos siglos», entresacando los datos de entre los testimonios aportados por los autores, todos hombres.

Centrada ya en el mundo romano propiamente dicho y fiel a la consigna de que el supuesto poder femenino no existió en la sociedad romana de los tiempos más antiguos, Cantarella nos habla —en el capítulo «La época arcaica»— del silencio de la mujer, de su casi anonimato y de su relegación a las tareas del hogar, al cuidado de la familia y a la observación de las que se consideraban sus principales virtudes: «la castidad, la reserva, la modestia, la piedad»; y lo hace a través del pormenorizado análisis de la onomástica femenina, de la explicación de la simbología extraída de las historias de Lucrecia, Horacia y Virginia y del estudio de las normas jurídicas que convertían a la mujer en propiedad del padre, tutor o marido con derecho incluso sobre su vida.

En «La emancipación» pasamos progresivamente del silencio a la voz, pues se aborda un período en el que la mujer va adquiriendo un mayor poder y autonomía reflejados en una serie de normas jurídicas, que establecen claras diferencias con respecto a la época arcaica, en cuestiones tales como el matrimonio o el derecho sucesorio. Estos hechos se explican por una serie de acontecimientos derivados de la propia expansión del Imperio romano, como por ejemplo, el hecho de que los hombres estuviesen ausentes durante mucho tiempo, en las continuas guerras que marcaron los primeros siglos de nuestra era. Como consecuencia de esto, las mujeres tuvieron que asumir una serie de poderes que antes ostentaban los hombres a los que estaban totalmente sometidas, lo que hizo de ellas —en muchos casos— mujeres independientes y dueñas de importantes patrimonios, pero también —en otros muchos— mujeres que —desde el punto de vista del sexo contrario— se excedieron en sus funciones y son muy criticadas o por lo menos motivo del estupor masculino, como lo demuestran los casos que nos narra Cantarella en los apartados dedicados a las mujeres abogado.

La autora de este libro termina con la narración de las historias de algunas mujeres significativas por un lado, de los aspectos más tradicionales de la sociedad romana, y por otro de la voz y los hechos de una emancipación. Así, nos encontramos con Marcia y Turia que representan la observación de normas y modelos, es decir, «la consigna del silencio» frente a la vida de la rebelde Clodia, la que se niega a aceptar las normas, retratada por la subjetividad de un hombre enamorado, Catulo, o la de Sulpicia, importante por ser la única cuya voz femenina ha llegado a nosotros.

En conclusión, en este libro se nos describe «un mundo de valores marcado por los hombres», como lo define la traductora de esta obra, en el que se encuentra la mujer sumisa y callada que ayuda con la educación de sus hijos a la consolidación del poder patriarcal, la heroína con cuyo gesto se afianza el poder del marido o de la patria y por último la que se atrevió a hablar por sí misma, de las que la poetisa Sulpicia es la representante más genuina, por ser la única de la que conservamos testimonios directos: su obra poética. He aquí la simbología que se esconde en el título de la obra: «de Tácita a Sulpicia», es decir, de la negación de la palabra a «la única que nos habla de sí sin mediaciones masculinas».

Una obra, en fin, dedicada no sólo al especialista (a éste se dirigen las abundantes y prolíficas notas, así como la bibliografía final), sino también al gran público que, en la lectura seguida del texto, recibe múltiples sugerencias sobre temas de la más rabiosa actualidad, que permiten enlazar las cuestiones que preocupan y dirigen a la mujer de hoy, con las de una mujer que efectivamente se encuentra en un pasado muy próximo. He aquí, sin duda, un importante logro de la profesora Cantarella.

MARÍA DEL SOCORRO PÉREZ ROMERO

ESQUILO. *Tragedias, I: Los Persas*. Texto revisado y traducido por Mercedes Vílchez. Alma Mater, Colección de Autores Griegos y Latinos, C.S.I.C., Madrid, 1997. (CXLVIII + 68 pp. dobles).

Profesora Titular de Filología Griega de la Universidad de Sevilla, Mercedes Vílchez imparte enseñanza de Textos Griegos desde los años setenta, habiéndose dedicado especialmente al estudio de los autores trágicos. Ha publicado varios artículos y libros sobre diferentes aspectos de la obra de Eurípides y el teatro, pudiéndose destacar su conocido ensayo *El engaño en el teatro griego* (editorial Planeta, Barcelona, 1976) y *El dionisismo y «Las Bacantes»* (Universidad de Sevilla, 1993). Su colaboración en diferentes libros, revistas especializadas, congresos y en el *Diccionario Griego-Español* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas es bastante conocida. Quienes hemos tenido ocasión de estudiar a los autores trágicos bajo la guía de su docencia, podemos dar testimonio de su pasión y ocupación en profundizar en este campo de la cultura helena. En esta ocasión ha centrado su labor en la edición de la obra completa de Esquilo, de la que hasta el momento ha aparecido impreso

el primer volumen. Como es habitual en esta colección del CSIC, la presentación cuenta con una amplia y documentada introducción general, texto griego con aparato crítico y traducción con notas a pie de página.

La Introducción General a Esquilo ha sido dividida en once capítulos que tratan los puntos siguientes: primero, los antecedentes dramáticos de la lírica arcaica. Inicia su exposición con los rasgos líricos que surgidos del canto y danza festivos en honor de los dioses, fueron adaptados luego al teatro. Por ejemplo, la expulsión del *fármaco* se asemeja al rito de la purificación propio de la tragedia (*catarsis*). En los festivales religiosos, en segundo lugar, se busca la benevolencia del dios mediante la imitación, la *mimesis*, la *homoíosis toú theoû*, y ya sea con máscara o sin ella, las mujeres atenienses imitaban a la divinidad en las fiestas en honor de Adonis. Un tercer factor de la lírica se puede observar también en el desarrollo de la comedia y tragedia. Se trata de los rituales de la unión sexual, característicos de cierta lírica. También hay cantos en honor de los héroes muertos, los trenos, que se dan en la lírica y luego en el teatro. Estos rasgos, extraídos de los textos líricos y de los comentarios antiguos sobre este género literario, son rastreados por la autora en su análisis de las huellas líricas detectables en la épica homérica, hesiódica e himnica: trenos de Héctor, Aquiles, Patroclo; himneos en el escudo de Aquiles, cantos de labor agrícola, himnos y danzas en honor de los dioses, monodías y cantos dialogados, etc. Un apartado específico merece la cuestión del mito, centrando la exposición en los ciclos tebano y troyano, en el tema del regreso (*nóstoi*) y en el de Danaida (sea por Dánao o sea por sus hijas), como antecedentes de los motivos míticos desarrollados posteriormente en el teatro.

El segundo capítulo expone los datos biográficos de Esquilo (fechas de nacimiento, viaje a Sicilia y muerte), sus obras (entre setenta y noventa, de las que trece obtuvieron victoria), las fuentes para enumerar esas obras y los estudios posteriores sobre otras obras del dramaturgo ateniense. Con una concisión admirable recorre la temática de cada una de las obras conservadas y de los fragmentos.

El capítulo tercero está dedicado a la exposición de las circunstancias históricas previas (Hesíodo y Solón) y simultáneas (Hippias el tirano, Clístenes el demócrata, Guerras Médicas, Liga Marítima Ático-Délica, revolución de Efilates y Pericles). Continúa su exposición describiendo a grandes rasgos los precedentes del teatro y la aportación esquilea al género. Finaliza con la actitud del público y su capacidad comprensiva, coincidiendo en su valoración con M. Croiset (*Eschyle. Études sur l'invention dramatique dans son théâtre*, París, 1965), en cuanto que el público comparte una variedad de vivencias colectivas que le ayudan a entender la complejidad de una obra como la de Esquilo. Una lectura recomendable y complementaria en este sentido es el texto que bajo el título *Idea del teatro*, publicó en 1946 José Ortega y Gasset con dos anexos, en el que señala la importancia de

la religiosidad en el nacimiento y desarrollo del teatro griego, la participación del espectador, su capacidad comprensiva del espectáculo gracias a las dimensiones festivo-religiosa y músico-literaria del teatro, amén de otras consideraciones de interés. (Existe una antigua edición en Revista de Occidente de 1958, y entre otras ediciones posteriores, se puede leer en el volumen VII de sus *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, 1994r).

La autora dedica el cuarto capítulo al pensamiento de Esquilo, sobre el que tanto se ha escrito y sobre el que aún se sigue aportando nuevas interpretaciones. Así el papel del héroe y los dioses, los conceptos de justicia y poder, de *hybris*, la dimensión religiosa, entre otros, son esbozados en una rápida sucesión de ideas que reflejan cuánto ha tenido que excluir en su exposición la autora por imperativo de espacio. Valga como ejemplo el dato del origen jonio del pensamiento esquiléo sobre Zeus, que no ha podido desarrollar.

El capítulo quinto es dedicado al aspecto literario. Recoge las ideas de Stanford, Schmid y Stählin, expone resumidamente algunos rasgos de las figuras de dicción usadas por Esquilo (magia de la palabra, juegos etimológicos, repeticiones), anfibologías, metáforas y la relación mutua de los recursos literarios y la acción.

En el capítulo sexto se ha ocupado de la transmisión del texto con noticias de la Antigüedad, de papiros, manuscritos y las colaciones contemporáneas de Wilamowitz, Turyn y Dawe.

Los restantes capítulos de la Introducción General resumen los datos de las ediciones anteriores, del *stemma* de Turyn, los de la edición de la propia autora, de las traducciones a otras lenguas y de la suya al castellano, la bibliografía, siglas y agradecimientos a profesores, compañeros y amigos que le han ayudado en esta labor.

La Introducción General es seguida de una Introducción específica a *Los Persas* y una bibliografía particular con ediciones, comentarios, texto y estudios de forma y contenido.

Hemos dicho que a pesar de la extensión de la Introducción General y de la específica de *Los Persas* que la completa, la autora ha realizado un considerable esfuerzo para sintetizar las múltiples ideas que expone, a veces a modo de breve anotación, como señala respecto a la bibliografía, de la que dice que ha de ser necesariamente selectiva. No obstante, sería de agradecer añadir algunos detalles complementarios de la información que, sin duda, facilitarían el estudio de los lectores o de quienes consulten los abundantes datos que recoge la autora en el libro. Por ejemplo, indicar si las traducciones de Esquilo al castellano son o no de toda su obra, pues la de Adrados, señalada como del año 1964 con segunda edición de 1984, no especifica si se refiere a la traducción del *Agamenón* (*Estudios Clásicos*, 1964) o la de sus obras completas publicadas en la editorial Hernando en 1966. Se puede decir algo similar respecto a la no mención de la traducción de Julio Pallí Bonet en la edi-

torial Bruguera en 1976, además de su *Orestía* en Aguilar, Madrid, 1967 (1973<sup>o</sup>). Igualmente, sería conveniente completar que la traducción de Manuela García Valdés de 1988 ha de ser la parcial de *La Orestía*, en Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, y no la de toda la obra de Esquilo. Por otro lado, sería de agradecer que la editorial se esforzara en eliminar algunas erratas, *clandestinamente introducidas*, (quién sabe si por causa de la inadaptación al nuevo sistema informático de publicación), erratas que no debieran desmerecer la excelente calidad del estudio introductorio, del texto editado, de la traducción y de sus comentarios. De esta responsabilidad hay que excluir a la autora, de la que nos consta su esmero e interés en el cuidado de sus publicaciones. Pero la experiencia nos ha enseñado que hay imprentas y editoriales que no facilitan la labor correctora en la medida adecuada, cuando no se da el caso de que ni siquiera permiten la corrección de pruebas, o, si lo permiten, no las atienden.

Por último, quisiera destacar la acertada explicación de la estructura de *Los Persas*, cuya claridad ayuda al lector a comprender simultáneamente el contenido temático, la distribución métrica y estrófica, y la función dramática de personajes y coro. Una excelente edición de *Los Persas* que anuncia una excelente edición con traducción de las restantes obras de Esquilo.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

GALENO. *Sobre la localización de las enfermedades. (De locis affectis)*. Introducción de Luis García Ballester. Traducción y notas de Salud Andrés Aparicio. Madrid, 1997. Biblioteca Clásica Gredos, 462 pp.

La célebre colección de autores griegos y latinos que la editorial Gredos viene publicando desde los años setenta y que sobrepasa ya los doscientos sesenta volúmenes, acaba de inaugurar con el número doscientos cuarenta y ocho el grupo de traducciones de las obras de Galeno. Además de los ciento veintisiete tratados recogidos en el índice de la edición de C. G. Kühn en los veinte volúmenes de su *Claudii Galeni. Opera omnia* (vol. XX, pp. V-VIII, Leipzig, 1821-1833, Hildesheim, 1965r), hay otros textos galénicos y pseudo-galénicos que elevan el total a más de ciento ochenta (según J. Ch. G. Ackermann, *o.c.*, vol. I). José Antonio Ochoa Anadón y Lourdes Sanz Mingote incluyeron en su traducción de Galeno, (*Exhortación al aprendizaje de las artes. Sobre la mejor doctrina. El mejor médico es también filósofo. Sobre las escuelas, a los que se inician*. Madrid, edit. Coloquio, 1987) una relación de ciento veintiocho

obras en la edición de Kühn, a la que añadieron diez, según la relación de F. Brunner y la de J. López Facal y Aníbal González. Ciento sesenta y nueve serían, incluyendo las espurias, según la relación que Juan Antonio López Férrez ofreció en *Galeno: obra, pensamiento e influencia*, Madrid, 1991, UNED, pp. 309-329. Pues bien, hasta la fecha estas obras de Galeno y pseudogalénicas no habían sido traducidas al castellano, excepción hecha de los tratados siguientes, según la relación de López Férrez antes citada: *Compendio del pulso para los estudiantes. De las diferencias de pulsos. Procedimientos anatómicos. Sobre los huesos. Sobre la disección de los músculos. La bilis negra. La sangre; contra Erasístrato*; además de las cuatro antes mencionadas.

El volumen que reseñamos cuenta con dos introducciones realizadas por el catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Santander, Dr. D. Luis García Ballester, quien continuó con una meritoria labor de rescate y difusión de la figura de Galeno, iniciada a fines de los sesenta.

La primera Introducción general tiene varios apartados en los que amplía sus excelentes estudios de 1972 (*Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo —130 a 200 d. C.—* Madrid, Guadarrama; y el capítulo titulado «Galeno» en Pedro Laín Entralgo, *Historia Universal de la Medicina*, II: *Antigüedad Clásica*, pp. 209-268, Barcelona, Salvat). Primero, sintetiza la historia que la obra de este médico de Pérgamo ha tenido en España y los múltiples problemas que la traducción del texto griego al castellano ha padecido desde que hace un siglo lo intentara el filólogo Donaciano Martínez Vélez (p. 8), quien formó parte de un ambicioso proyecto de hacer la edición crítica de las obras de Galeno, además de traducir los tratados hipocráticos. Dicho proyecto fue encabezado por Federico Rubio y Galí (1827-1902). Por diversas circunstancias de la época, añade García Ballester, aquel proyecto de Federico Rubio no pudo culminar y Donaciano Martínez sólo alcanzó a traducir seis tratados hipocráticos que fueron publicados entre 1899 y 1900. Aníbal Ruiz Moreno junto con otros colaboradores publicaron en Buenos Aires una traducción de ocho tratados de la versión latina de Galeno publicada en Venecia en 1586, en dos volúmenes, luego recogida en el libro colectivo publicado por Aguilar bajo el título *Científicos griegos*. También publicó con Antonio Tovar dos tratados bajo el título *Compendio del pulso para los estudiantes. De las diferencias de pulsos*. (Buenos Aires, 1948).

García Ballester dedica unas líneas a destacar las razones que pueden justificar al finalizar el siglo XX una traducción al castellano de algunas obras de Galeno, que sintetizamos en que sus obras son la máxima expresión de la medicina griega antigua, que conviene aún hoy distinguir el galenismo auténtico de los galenismos posteriores —medieval, renacentista y moderno— y sus distintos ámbitos geográficos —Europa, Mediterráneo, Armenia, etc.—, la aclaración de algunos problemas de la medicina moderna y tomar un punto de referencia

como clásico en la historia de la medicina. Recorre luego los cuatro elementos que caracterizan su obra: tradición hipocrática, sólido fundamento filosófico (Platón, Aristóteles y Posidonio), conjunción de conceptos de varias escuelas (solidista, pneumática, ecléctica y empírica), relevancia de su investigación personal y su actividad clínica.

García Ballester subraya el hecho de que el conjunto de su obra no llegó a constituir un sistema cerrado, sino abierto, con lagunas y algunas contradicciones. Sobresalía en ella su empeño racionalista y su afán por encontrar soluciones a los problemas planteados por la salud y la enfermedad. Brevemente cita la fortuna de la obra galénica en la posteridad y cómo algunos de sus tratados sólo nos han llegado por traducciones árabes y latinas.

Respecto a los datos biográficos García Ballester expone un resumen de los aspectos más relevantes de su vida familiar, de su carácter, de sus creencias y comportamientos como miembro de una familia acomodada, que había recibido una gran influencia del estoicismo. Tras recorrer las etapas de su formación en distintas ciudades como Pérgamo, su ciudad natal, Esmirna, Corinto, Alejandría y Roma, explicará algunos rasgos propios de la situación social de la época, la distinción hombre libre y hombre esclavo, rico y pobre, médico especialista y médico generalista, experto e inexperto, curanderos, médicos de corte, etc., para ir describiendo su relación con otros profesionales de la medicina con los que estudia, comparte opiniones o muestra su parecer opuesto. Uno de los autores que más han estudiado a Galeno, O. Temkin, lo definirá diciendo que Galeno utilizó a Hipócrates, el fundador del arte médica, para elevar ésta a su consumación.

Tras una selecta bibliografía en la que no faltan menciones a su maestro Pedro Laín Entralgo y al estudioso de la historia de la medicina y de las ciencias José María López Piñero, García Ballester hace una segunda Introducción centrada en la obra traducida por Salud Andrés Aparicio, *De locis affectis*. [Aludimos en este número de *Fortunatae* a la otra traducción del mismo tratado que se ha publicado también en 1997 por María del Carmen García Sola en Ediciones Clásicas, unas semanas antes de la que ahora reseñamos y sobre la que hemos publicado algunos comentarios que dicho texto nos ha suscitado en una primera lectura].

El profesor García Ballester hace una historia del texto, fija la fecha de su redacción y la fortuna que ha tenido. En la Edad Media fue conocida la obra en versión latina bajo el título *De interioribus*. La lectura de este tratado tiene la ventaja de presentar las ideas de Galeno sobre el diagnóstico médico con la aportación de sus puntos de vista originales y varias historias clínicas. En efecto, será el conocimiento derivado de la relación médico-enfermo lo que se llamará diagnóstico entre los griegos; unido éste al pronóstico han de facilitar la curación óptima para que la actividad médica sea útil. Esa actividad, resume Ballester, usará tres recursos, señalados ya en los escritos hipocráticos,

y que Galeno adaptará a su peculiar forma de entender la práctica médica: la exploración sensorial (αἴσθησις), el interrogatorio al enfermo y comunicación verbal (λόγος) y el razonamiento (λογισμός). En éste habrá de distinguirse tres aspectos: la razón o lógica, mediante la cual se puede distinguir la verdad de la falsedad, y con la que se explica la crítica de Galeno a los médicos que proceden irreflexivamente (ἀλόγως) y sin observación (ἀσκέπτως). Cuando el diagnóstico no pueda ser preciso, exacto (ἀκριβώς), [lo que Galeno entenderá por diagnóstico científico: (ἐπιστημονικὴ διάγνωσις)], Galeno acudirá a la conjetura, (στοχαστικὴ διάγνωσις), que sería el resultado de una inferencia diagnóstica a partir de un signo indicativo (σημεῖον). Es este tipo de diagnóstico no científico ni preciso un recurso más que permitiría al médico, cuando no tuviera otras vías de diagnosticar con exactitud, establecer un diagnóstico básico, intermedio entre el diagnóstico científico y la ignorancia. Galeno lo denomina τεχνικὸς στοχασμός. En tercer lugar, el médico ha de tener en cuenta la experiencia, por cuanto que ésta, en su doble concepto de τέχνη y ἐπιστήμη (arte y conocimiento), daría al médico la posibilidad de poner en práctica esos conocimientos de la naturaleza de una enfermedad.

García Ballester desarrolla otros dos aspectos de la actividad médica de Galeno en esta segunda Introducción. Uno es la analogía. Como respuesta a la limitación que todo clínico experimenta ante el enfermo y por las dificultades técnicas propias de su época, Galeno aplica la analogía: lo que parece similar a otra cosa debe o puede tener igual característica o comportamiento que aquella cosa a la que es parecida. Será este rasgo galénico el que marque la diferencia entre la concepción científica del diagnóstico en Galeno y la actual. Otro aspecto es la condición social del enfermo. Es evidente a lo largo de la obra de Galeno que no trató igual al hombre libre que al esclavo. En esto siguió siendo un hombre antiguo adherido a la situación social de su época, en la que se distinguía claramente la clase social de los hombres libres y la de los esclavos, trasladando a la naturaleza una diferencia sólo social: aunque la técnica médica fuese igual en su aplicación terapéutica, Galeno creía y mostraba, en su estilo narrativo y en su trato personal, que el esclavo tenía otra condición.

En resumen, el profesor Luis García Ballester ha sabido transmitir en estas dos introducciones los principales datos biográficos relativos al médico de Pérgamo, dejando constancia de las dudas que aún se mantienen en algunos detalles, como, por ejemplo, el de la fecha de su muerte, que unos sitúan en el 200 d.C. y él extiende hasta el 216; por otro lado, resume los grandes temas que tratan sus escritos y la forma de entender su profesión, su 'arte médica'. García Ballester aporta además un específico marco bibliográfico, histórico y científico, poco conocidos hasta ahora en España, pero que con esta labor traductora e investigadora irá dando sus frutos pronto, como lo demuestran las tres publicaciones de 1997 y los coloquios sobre la cuestión que están teniendo lugar.

Como se señala en otras reseñas de este número de *Fortunatae*, parece que la Filología Griega española se ha decidido por fin a traducir al castellano los textos griegos de Galeno, como ya se ha hecho con los del *Corpus Hippocraticum*, y, a lo que parece, son dos editoriales las que están en esta tarea de su traducción: una, la que dirige en la serie griega Carlos García Gual, editorial Gredos, —que estamos reseñando—, y otra, la que dirige Juan Antonio López Férez en Ediciones Clásicas.

En cuanto a la traducción del *De locis affectis*, Περὶ τῶν πεπονηθότων τόπων, de la profesora Salud Andrés Aparicio, hay que decir que ha seguido la edición de C. G. Kühn ya citada, aunque ha tenido ocasión de poder consultar la versión francesa de Ch. Daremberg (París, 1856, en dos volúmenes, edición que contiene diez tratados con texto y comentario). Los seis libros en que se divide el tratado se han presentado con un resumen al comienzo de cada capítulo, (son cincuenta y siete capítulos en total), cuya numeración se ha colocado al margen. Las notas a pie de página son de diverso tipo: citas que remiten a otras obras de Galeno, explicaciones de partes del cuerpo o de conceptos varios específicos de la medicina, a los que acompañan referencias bibliográficas, explicaciones de vocablos griegos de difícil traducción castellana, así como hay algunas explicaciones de personas mencionadas en la obra. A diferencia de otras ediciones, en ésta se ha reiniciado la numeración de las notas en cada libro del tratado. Se completa la traducción con dos índices, uno de nombres propios de personas y de escuelas médicas, y otro de términos médicos. Dada la específica aplicación que los vocablos médicos tienen, este segundo índice es muy útil, sobre todo, para asesorar al estudioso de la historia de la medicina o al lector directo del texto de Galeno por cuanto que los diccionarios habituales apenas hacen referencia a las acepciones particulares que tienen muchos vocablos en este autor, bien porque no recogen estas acepciones, bien porque son vocablos recogidos únicamente en la obra galénica. La traducción es aceptable, pues tal vez la traductora debería haber consultado otras ediciones griegas del texto, que habrían evitado algún error; por ejemplo, salvo que sea una errata de imprenta, en la página 127 en cuya línea cinco no aparece traducida la expresión griega ἢ κύσται ‘o en la vejiga’, que corresponde en la edición de Kühn al vol. VIII, p. 6, lín. 15. Pero el resto de este muy extenso tratado que ocupa en la edición de Kühn cuatrocientas cincuenta y dos páginas, incluida la versión latina, ofrece una plausible traducción. Reciba, pues, este primer volumen de Galeno en la Biblioteca Clásica Gredos la bienvenida por los méritos reunidos en las dos introducciones de Luis García Ballester, en la traducción, notas e índices de Salud Andrés Aparicio.

GALENO. *Sobre las facultades naturales. Sobre la constitución del arte médica. A Patrófilo*. Traducción, introducción y notas de Dolores Lara Nava. Madrid, 1997. Ediciones Clásicas, 258 pp.

La doctora Lara Nava viene estudiando los textos médicos griegos desde hace ya varios años y frutos de esa labor son las traducciones de varios tratados del *Corpus Hippocraticum*, publicados en Madrid (B. C. Gredos n° 63: *Juramento, Ley, Sobre la medicina antigua, Sobre la decencia*, 1983; 143: *Sobre las afecciones internas*, 1990; y 175: *Sobre las heridas en la cabeza, Instrumentos de reducción, Sobre las fístulas, Sobre las hemorroides, Sobre las úlceras*, 1993), además de haberse ocupado de algunos estudios introductorios, haber revisado otras traducciones y publicado algunos artículos sobre aspectos filológicos de los escritos médicos griegos. En esta ocasión se ha ocupado de dos tratados de Galeno, *Sobre las facultades naturales* y *Sobre la constitución del arte médica. A Patrófilo*. De Galeno se había ocupado ya en 1988, cuando intervino en el Coloquio Internacional «Galeno: Obra, pensamiento e influencia», celebrado en la sede madrileña de la UNED y en el que habló de «Aspectos lexicográficos del Glosario de Galeno a Hipócrates», publicado en 1991, pp. 119-131, que dirigiera y editara Juan Antonio López Férez.

Para el primer tratado, *Sobre las facultades naturales* (*Περὶ δυνάμεων φυσικῶν*) ha seguido la edición de A. J. Brock (*Galen. On the natural faculties*, Londres, 1916, 1952r) y ha consultado las ediciones de C. G. Kühn (*Claudii Galeni Opera Omnia*, II, 1-214, Leipzig, 1821, Hildesheim, 1964r) y la de G. Helmreich (*Galenus. Scripta minora*, III, Leipzig, 1893, pp. 101-257). Pocas traducciones se han hecho de esta obra, a excepción de la latina incorporada por Kühn, la inglesa de Brock y la italiana de I. Garofalo y M. Vegetti (*Opere scelte di Galeno*, Turín, 1978, pp. 833-997).

Dividido este tratado en tres libros, fue redactado durante la segunda estancia de Galeno en Roma, ya en su madurez. Muestra una cuidada redacción, una correcta ordenación de su contenido, para el que ha seguido el modelo aristotélico de sus obras biológicas. La traductora ha encontrado la mayor dificultad, como es habitual en Galeno, en el vocabulario específico usado por los médicos antiguos, porque en numerosas ocasiones no encuentra un adecuado acomodo en las lenguas modernas. Se añade a esta dificultad el hecho de usar términos cuyo significado no coincide actualmente con el que tuvieron en la Antigüedad. Cita la autora como ejemplo el vocablo ἀνάδοσις, que significa 'absorción', cuando en contextos habituales suele significar 'crecimiento', 'distribución', 'retroceso'. Otros muchos vocablos presentan este tipo de dificultad, porque no aparecen recogidas en los grandes diccionarios actuales las acepciones específicas que tales vocablos tenían en Galeno. Ocurre con πρόσθεσις, 'presentación', cuando habitualmente significa 'adición', 'nutrición', 'colocación sobre' o 'ayuda'. Ya en el mismo título de

la obra aparece esta dificultad: Δύναμις suele significar en castellano ‘fuerza’, ‘potencia’, ‘capacidad’; sin embargo, en Galeno el término se refiere en muchas ocasiones a una propiedad de la naturaleza que indica el poder de algo y que se manifiesta en su actividad y virtualidad. En otros términos —dirá Dolores Lara Nava— δύναμις en Galeno designa la «capacidad potencial que posee todo lo que hay en la naturaleza». Tanto Laín Entralgo como García Ballester se ocuparon en 1970 y 1972, respectivamente, de este término y de sus dificultades a la hora de traducirlo. Además, en Galeno todas las facultades naturales dependen de los temperamentos, κράσεις, que a su vez vendrían determinados por la mezcla de los cuatro humores en distintas proporciones (sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema). Por otro lado, se entiende que las facultades se realizan en su función o actuación, ἐνέργεια, y su resultado es la obra, ἔργον. Esas facultades pueden ser primarias o no. Por ejemplo, son primarias la atractiva, retentiva, alterativa y expulsiva, que realizan tres acciones: génesis, nutrición y crecimiento. Entre las otras facultades se encuentran las generadoras de sangre, del pulso, del nervio, etc. Incluido este tratado dentro de los temas fisiológicos, la autora ofrece una esmerada traducción completada con doscientas treinta y siete notas aclaratorias del texto, con citas de otras obras de Galeno o de otros autores, e informativas sobre personas mencionadas.

El segundo tratado, *Sobre la constitución del arte médica. A Patrófilo*, (Πρὸς Πατρόφιλον περὶ συστάσεως ἰατρικῆς) es mucho más breve y su fecha de redacción está comprendida entre los años 169 y 180, cuando Galeno se había marchado de Roma, afectada por una epidemia de peste, a la Campania. El libro trata de la necesidad de contar con un método adecuado para encontrar la verdad, pero ese método sólo se puede fijar si se conoce el fin que se persigue. Ahora bien, alcanzar la verdad implica recorrer un camino difícil y solitario que sólo unos pocos están dispuestos a llevar a cabo. Esta idea es repetida por Galeno en varios de sus libros. El *Sobre la constitución del arte médica. A Patrófilo* está dividido en veinte capítulos que abordan los siguientes temas: la medicina como arte efectiva, porque sirve para reparar la salud del enfermo; las partes del cuerpo son similares o simples, y compuestas; necesidad de conocer la naturaleza del cuerpo para poder luchar contra la enfermedad; necesidad de conocer la alteración que experimentan las cuatro cualidades del cuerpo (frío, calor, sequedad y humedad), que corresponden a los elementos comunes a todos los cuerpos, esto es, tierra, aire, agua y fuego. La terapia consistiría, según este tratado, en el restablecimiento de las proporciones adecuadas —naturales— de esos cuatro humores, y el médico contaría con los instrumentos, medicamentos y dietas para remediar las enfermedades. Los «indicadores» serían los síntomas que permitirían al médico conocer el estado del enfermo, las diferencias que experimenta, el carácter de la enfermedad y su magnitud. Con estos datos el médico ha de

ser capaz de determinar las causas de una enfermedad, presentar un diagnóstico y un pronóstico. Son, pues, cuatro fases las que en el arte médico se constituyen: causas, diagnóstico, prognosis y terapia para toda enfermedad.

El texto traducido se completa con sesenta y tres notas a pie de página. Entre las restantes informaciones que la traductora aporta en su introducción destaca que los capítulos diecisiete a veinte se hallan repetidos en el vol. XIX de la edición de Kühn, pp. 497-511, bajo el título *De praenotione*, y que V. Nutton los ha reproducido en el vol. V. 8,1. del *Corpus Medicorum Graecorum* (Berlín, 1979) bajo el título *Galen. On Prognosis*. Sobre la importancia del tratado Dolores Lara Nava informa que tuvo amplia repercusión en el Renacimiento, cuando se hicieron de él cuatro traducciones latinas y tres comentarios, pero que ni antes ni después fue objeto de atención, siendo los estudios de S. Fortuna los que mejor informan sobre su suerte histórica. Sólo cuenta con la edición de Kühn y las dos que se hicieron en los siglos XVI (Aldina) y XVII (R. Chartier, París, 1679). Para esta traducción la autora ha seguido obviamente la edición de Kühn.

Tal como ha ocurrido con las dos traducciones del *De locis affectis* (la de María del Carmen García Sola y la de Salud Andrés Aparicio), con estos dos tratados incluidos en el nuevo volumen que Ediciones Clásicas ha dedicado a Galeno, la Filología Griega y la Historia de la Medicina en España han de sentirse de enhorabuena, porque finalmente parece que están llegando a buen puerto los intentos de traducir al castellano la obra de este médico de Pérgamo del siglo II d.C., que apenas si había visto traducidas algunas obras a lenguas modernas. La excelente traducción de Dolores Lara Nava se suma al repertorio, todavía escaso, de estudios españoles sobre la medicina griega antigua, en particular, la referente a Galeno. Por este motivo, por los dos estudios introductorios, por sus abundantes notas aclaratorias y por haber resuelto magistralmente las dificultades textuales que el texto galénico plantea, su autora merece nuestra felicitación.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

GALENO. *Sobre los lugares afectados*. Traducción, introducción y notas de María del Carmen García Sola. Madrid, 1997. Ediciones Clásicas, 406 pp.

La profesora de la Universidad de Granada María del Carmen García Sola ha traducido y publicado, poco tiempo antes que Salud Andrés Aparicio, el trata-

do de Galeno titulado *Περὶ τῶν πεπονθότων τόπων*, que en latín se conoció durante la Edad Media como *De interioribus*, mientras que en la versión latina que acompaña a la edición griega de Karl Gottlob Kühn se titula *De locis affectis*, incluida en el tomo VIII, pp. 1-452, de CLAUDII GALENI, *Opera omnia* I-XX, (Leipzig, 1824, Hildesheim, 1965r).

En la traducción del título, *Sobre los lugares afectados*, se observa, al menos en este caso, una fijación mayor en el texto por parte de la traductora por cuanto que ha tratado de traducir fielmente una expresión griega que significa una cualidad, ‘afectados’, referida a unos lugares o partes del cuerpo humano, y ha evitado interpretar más *libremente* el título, como sí lo ha hecho la otra traductora que, casualmente, ha coincidido en el tiempo y en el espacio (ambas traductoras ejercen su actividad docente en Granada), cuando ha preferido verter al castellano el título como una acción, ‘localización’, de enfermedades, porque sería entendido mejor por los lectores. En el título que nos ha llegado se habla propiamente de ‘lugares’ (τόπων), entendidos como ‘partes del cuerpo’, que están ‘afectados’ o ‘enfermos’ (πεπονθότων), y no se habla exactamente de averiguar el lugar donde se encuentran las enfermedades. Sin embargo, una vez que se ha leído dicho tratado, el título dado por la profesora Salud Andrés Aparicio sí responde con exactitud al contenido del libro, por lo que hemos de concluir que, aunque ambas profesoras han traducido el mismo texto, lo han titulado de forma distinta: la primera ofreciendo una interpretación literal, la segunda, interpretando el título griego de acuerdo con el contenido de la obra y acompañando, como subtítulo y entre paréntesis, el título latino con el que actualmente se conoce.

Como ocurre con otras obras de Galeno, el título ha planteado problemas desde la Antigüedad. Incluso en España, en el siglo XVI ya surgió una polémica a propósito de esta obra en particular, pues el humanista Francisco Valles, del que hablamos en el párrafo siguiente, prefería el adjetivo *patientibus* en lugar de *affectis*, y fue un discípulo de Valles, Cristóbal de Vega (1510-1573), quien en sus *Comentaria in librum Galeni de differentiis februm*, publicado en 1553, se esforzaba en precisar la diferencia semántica que había en latín entre *pathos* y *affectus*, y reprochaba a su maestro Valles haber confundido estos términos. En efecto, Cristóbal de Vega dice literalmente (seguimos la edición de 1587, *Opera Omnia*, Lyon, pág. 417): «... ergo omnis morbus est factus, & nullus fiens. Hinc obiter constare potest error Copi Basiliensis, qui titulum libri Περὶ τῶν πεπονθότων τόπων, transtulit De locis affectis, dicturus potius De locis passis. Differunt enim non parum, ut diximus, pathos, & affectus, sic & πεπονθέναι, διακεῖναι, id est, pati, & afficere». Se puede consultar más detalles en la tesis doctoral de Justo Pedro Hernández González, *Cristóbal de Vega (1510-1573) y su liber de arte medendi (1564)*, leída en Valencia en 1997 (aún inédita), en concreto en pág. 263, nota 621. También hay alguna referencia en Ana Isabel Martín Ferreira, *El humanismo*

*médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*, Universidad de Alcalá de Henares, 1995.

El libro trata como idea principal el estudio médico de aquellas partes del cuerpo —aquellos lugares—, que están enfermos o afectados por algún padecimiento, la forma de averiguar cuáles son y los remedios que se pueden aplicar.

En la Introducción María del Carmen García Sola comenta ciertos errores y «olvidos» observados en el texto griego del editor C. G. Kühn, detectados al no corresponder con el texto latino que le acompaña y que ha llevado a la traductora a consultar la edición de Basilea de 1557, usada también por Kühn, de la que han resultado, al menos, cuarenta lecturas distintas. Tal vez habría sido conveniente que la autora informase si en todo lo demás las dos ediciones coinciden o no. La autora ha expuesto las diferencias de lectura entre ambas ediciones y ha añadido el texto latino si no corresponde al texto griego que Kühn presenta. Luego se da cuenta de la fortuna que este tratado ha tenido a lo largo de la historia, dada su gran importancia en Medicina, como lo demuestra el hecho de que desde el siglo XIV era de obligada lectura para los estudiantes. Informa la autora que en la primera *editio princeps* de los tratados de Galeno (Venecia, 1525), ya se incluía esta obra, y que Francisco Valles publicó en 1551 (Luis García Ballester señala el año 1559), una traducción latina bajo el título *Claudii Galeni Pergameni De locis patientibus, libri sex, cum scholiis*. En 1605 Pedro García Carrero, médico real, publicó en Alcalá unas *Disputationes medicae super libros Galeni De locis affectis*. Además de estos datos cita las tres traducciones que se han hecho a lenguas modernas (francesa de Ch. Daremberg, 1856; sueca de A. Renander, 1960, e inglesa de R. E. Siegel, 1976). Luego se hace una síntesis biográfica de Galeno y una descripción de la estructura formal del libro y de su contenido. Explica los rasgos que inspiran la labor de Galeno y el significado de algunas de sus concepciones (sustancia, experiencia, razón, diagnóstico, conjetura, técnica médica, pronóstico, método científico, etc.). Destaca la vinculación que en la vida y obra de Galeno tuvieron la filosofía y la ciencia, y que por su arcaísmo, por el registro de sus propias obras y recuerdo constante de Hipócrates, Galeno puede ser incluido en la Segunda Sofística. Durante toda su vida combatió las actitudes sectarias de algunas escuelas médicas y habría que aceptar el eclecticismo que se le atribuye si se entiende con ciertos matices; por ejemplo, él recoge todas las teorías que conoce perfectamente y toma de ellas lo mejor que considera para formar su propia teoría sobre el pronóstico, diagnóstico y tratamiento de enfermedades. La Introducción finaliza recogiendo algunos pasajes del propio Galeno en los que se puede comprender el modo de obrar que le caracterizaba.

En el último párrafo agradece al profesor de Historia de la Medicina, Luis García Ballester, sus ánimos en esta tarea de traducir a Galeno y, en particular,

esta obra. La labor que desde 1968 ha desarrollado este profesor, desde Granada primero y desde Valencia después, ha sido decisiva en el conocimiento y recuperación del interés por la obra del médico de Pérgamo. Los agradecimientos se completan con el dedicado a Jesús María García González (compañero universitario al que ha consultado en numerosas ocasiones), así como al profesor Juan Antonio López Férez, que es el director del equipo de profesores de griego que han emprendido la traducción al castellano de todo el *Corpus* de Galeno, y quien se viene ocupando desde los años ochenta de los tratados médicos griegos, tanto de los hipocráticos como de los galénicos.

La traducción va precedida de un amplio resumen de cada uno de los capítulos de los seis libros en que se divide la obra, y la autora ha incorporado una doble numeración del texto, la que corresponde a la edición de Kühn y la que corresponde a la edición de Basilea de 1557. Las notas a pie de página son complementarias de citas del propio Galeno, explicativas de algunas enfermedades o de algún elemento orgánico del cuerpo, indicadoras del nombre actual de algún término técnico antiguo, de algún personaje citado o de alguna práctica que hoy es entendida de otra forma. Son, pues, estas notas complementarias una necesidad del texto para que se facilite una rápida y adecuada comprensión del tratado, debido a lo específico y técnico de algunos pasajes y a que ciertos vocablos han quedado desfasados en la actualidad. El libro se completa con un índice de nombres propios de personas y de lugares.

Éste es, por consiguiente, el primer volumen que Ediciones Clásicas publica dedicado a la obra de Galeno y es la primera traducción hecha al castellano de este tratado. La coincidencia en el tiempo de esta traducción con la publicada por Salud Andrés y el hecho de que a ambas traductoras las haya animado el conocido profesor Luis García Ballester, es una clara señal de que la Filología Griega española se encamina, por fin, a la difícil tarea de ofrecer en castellano unas traducciones anotadas del *Corpus Galenicum* tan deseadas por filólogos, médicos e historiadores de la medicina. Vaya, pues, en estas páginas nuestra felicitación a los responsables de la colección, Doctores D. Alfonso Martínez Díez y D. Juan Antonio López Férez, y a la traductora por su paciente, minucioso y brillante trabajo. Recordemos que María del Carmen García Sola presentó en el número 14 de la revista *Tempus*, 1996, pp. 5-44, un actualizado repertorio bibliográfico sobre los estudios de Galeno publicados desde 1965 y que llega hasta el estudio de J. Kollesch y D. Nickel, *ANRW*, II, 37.2, 1994, quienes recogen también en su «Bibliographia Galeniana. Die Beiträge des 20. Jahrhunderts zur Galenforschung», pp. 1351-1420 y 2063-2070, una amplísima documentación bibliográfica ordenada por temas.

JÁMBLICO. *Sobre los misterios egipcios*. Introducción, traducción y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Madrid, 1997. Biblioteca Clásica Gredos n° 242. 236 pp.

Paulatinamente la obra del filósofo neoplatónico Jámblico, siglos III-IV, va siendo traducida al castellano. El profesor Ramos Jurado había traducido en 1991 la obra *Vida pitagórica* (Madrid, 1991) y son numerosos los estudios que ha publicado sobre el neoplatonismo (*Lo platónico en el siglo V d.C.: Proclo...*, Sevilla, 1981; «Mito y filosofía en el Neoplatonismo» en *Cinco lecciones sobre la cultura griega*, Sevilla 1990, 71-88; «Poder, compromiso y marginación en el neoplatonismo griego a fines del mundo antiguo», en F. J. Lomas, F. Devis (eds.), *De Constantino a Carlomagno. Disidentes, Heterodoxos, Marginados*, Cádiz, 1992, 57-75; «Rasgos jambilqueos en la biografía de Pitágoras», *Excerpta Philologica*, 1,2 (1991), 699-703; «Jámblico de Calcis y el género biográfico», *Habis*, 22 (1991), 283-295; «Homero pitagórico», *Fortunatae*, 5 (1993), 157-167; «Oralidad y escritura en el neoplatonismo griego», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, 1994, vol. II, 355-360; «Un filósofo ante la adivinación. Jámblico de Calcis», *Studia Philologica Valentina* 1 (1996), 53-64; etc.).

El autor ha mantenido el título de la obra con el que tradicionalmente es conocida, *Sobre los misterios egipcios*, mas en la Introducción explica que no era su auténtico título, sino que este título fue el que Marsilio Ficino dio a una paráfrasis de la obra hecha en Venecia en 1497, a la que denominó *De mysteriis Aegyptiorum, Chaldeorum, Assyriorum*. El título original, indica Ramos Jurado, se recoge en un primer escolio transmitido en dos manuscritos, el cual se basa en Proclo para afirmar que la obra pertenece a Jámblico y que, recogiendo la idea desarrollada en su prólogo sería *Respuesta del maestro Abamón a la Carta de Porfirio a Anebo y soluciones a las dificultades que ella plantea*.

Nos informa Ramos Jurado que la *Carta a Anebo* de Porfirio fue separada de la *Respuesta* y hoy está perdida, mientras que la tradición manuscrita las había mantenido juntas. Tras estas observaciones sobre el título y su autor, se analizan los problemas de datación, entre 280 y 310 d.C., y la cuestión religiosa en el ámbito del Imperio que tanta repercusión tuvo en la vida y obra de Jámblico; una consecuencia de tales movimientos religiosos ocurridos entre los siglos III y IV fue que el Imperio pasó de ser religiosamente pagano a serlo cristiano. Se trata luego la cuestión del pensamiento, predominantemente neoplatónico, del cual se destacan algunos rasgos como su eclecticismo y la tendencia a la «sinfonía», esto es, a la concordancia de los pensamientos expresados por los grandes filósofos. Esas sinfonías acuden a la tradición sobre dos ejes: el legado platónico completado con Aristóteles y el legado mítico.

En el segundo apartado de la Introducción el autor se ocupa de la vida y obra de Jámblico, filósofo sirio que nace cuando predomina una idea del *kósmos* sancionada por los dioses y muere cuando el cristianismo impone un

nuevo orden ideológico que trata de extirpar el orden anterior. También resume algunos datos que se conocen de su formación y de las varias colecciones de obras que se le atribuyen (pitagóricas, comentarios filosóficos, teosóficas, etc.). Sigue el análisis del contenido de los diez libros en los que la obra está dividida, las características de género y estilo y el método seguido. Se anotan algunas referencias sobre las fuentes de Jámblico, algunos paralelos y las influencias posteriores (Juliano, Siriano, Proclo, Hermias, Damascio, Simplicio). Finaliza el estudio introductorio con los datos referidos a la transmisión, para la que es esencial el estudio de M. Sicherl (Berlín, 1957), y datos acerca de las ediciones (1678 de Thomas Gale, 1857 de Gustavo Parthey, y 1966 de É. des Places) y traducciones (latina, inglesa, francesa e italiana). El autor ha seguido la edición de É. des Places con algunas incorporaciones textuales sugeridas por A. R. Sodano (1956). Una selecta bibliografía ha de ser completada con las referencias bibliográficas que han sido recogidas en las notas de la Introducción y en las que acompañan a la traducción del texto. Dos índices cierran este volumen, el de nombres propios y el de materias. Es, pues, ésta la primera traducción al castellano de esta obra y por ello el profesor Enrique A. Ramos Jurado merece nuestra felicitación.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

BUSTAMANTE COSTA, Joaquín: *Arabismos botánicos y zoológicos en la traducción latina (s.XII) del «Calendario de Córdoba»*, Cádiz, Área de Estudios Arabes e Islámicos de la Universidad de Cádiz, 1996, 173 pp.

La lectura de esta obra del profesor Joaquín Bustamante resulta altamente gratificante. No sólo por su carácter interdisciplinar que pone en contacto lenguas del pasado —el árabe y el latín— con lenguas del presente, el español. Además, su aportación a otro tipo de lenguaje, el científico, es inestimable. Ya lo dice él: «el estudio de la penetración de léxico desde el ámbito cultural árabe al latino, especialmente a través de las traducciones de los ss. XII y XIII, se revela de una importancia capital para el conocimiento de la formación del lenguaje científico en latín y su influencia posterior en las lenguas europeas» (p. 7).

Aún así, destacamos sobre todo este trabajo por el riguroso y ordenado método que se ha seguido en su elaboración. Del conjunto de arabismos que aparecen en el *Calendario de Córdoba* sólo se han tenido en cuenta los botánicos (pp. 17-118) y los zoológicos (pp. 119-132) y, uno por uno, se hace un estudio de

ellos. El citado estudio se compone de dos partes, por un lado, un apartado que bajo el título «texto» recoge el término en un contexto trilingüe: latino, francés y árabe, el que suministra la ya clásica edición que de esta obra hiciera, en 1961, Ch. Pellat. Por otro lado, se dedica a cada término una «ficha léxica», documentada en una muy buena selección de fuentes lexicográficas tanto monolingües como bilingües. Finalmente, el término queda identificado con el equivalente en la nomenclatura binomial botánica y zoológica linneana.

Además, los últimos capítulos de este libro se dedican a realizar un sumario sobre la adaptación fonológica (pp. 133-139) y a estudiar determinados fenómenos morfológicos (p. 139). También resulta muy interesante la localización del origen etimológico de los arabismos (p. 140).

Para concluir, es de destacar la amplia y cuidada bibliografía (pp. 141-154) así como un índice de palabras que contempla las de origen árabe, arameo y hebreo, beréber, catalán, español, francés, griego, italiano, latín, persa, portugués, provenzal, siciliano, otras lenguas y también las latinas que proceden de la nomenclatura binomial (pp. 155-173) lo que nos da una medida del caudal léxico trabajado en esta obra.

DOLORES SERRANO-NIZA

D. ESTEFANÍA-M<sup>a</sup> T. AMADO (Eds.), *Las literaturas griega y latina en su contexto cultural y lingüístico. Actas del XV Colloquium Didacticum Classicum Salmanticense*. Santiago de Compostela, Consellería de Educación de la Xunta de Galicia, 1995, 336 ps.

Es de agradecer la pronta publicación de las *Actas del XV Colloquium Didacticum Classicum* cuyas sesiones se desarrollaron en Salamanca del 12 al 22 de abril de 1995. No cabe duda alguna de que las aportaciones que se presentaron son valiosas por doble motivo: de un lado porque se conjuga un excelente nivel científico y por el otro, porque está siempre presente una perspectiva que hace atractivo —más aún, necesario— el volumen, como es la voluntad de acercar al lector, ni que se trate de persona poco iniciada, a aspectos interesantes de las literaturas clásicas.

Que la retórica como forma de literatura —y de historia— no ha perdido un ápice de su valor primigenio es puesto en clara evidencia por C. Codoñer a partir de un discurso tomado de Livio. Los ecos permanentes, hasta nuestros días, del tópico *animula vagula blandula* son abordados por E. Andreoni. Valiosas pistas y buen número de datos aporta M. A. Martín Sánchez en «El

teatro clásico en la Enseñanza Secundaria». No faltan contribuciones sobre el rico aprovechamiento didáctico que en numerosos países ofrece la poesía de Horacio (H. Längin), Ovidio (C. Fisser), Marcial (M. C. de Castro y M. Pimentel), incluso Ennio (A. Arcellaschi). Tampoco se echan de menos planteamientos de teoría literaria aplicados a la poesía latina (D. Fowler). En cuanto a la literatura griega se abordan Baquílides (P. Schubert), Píndaro (E. Sigot), Platón (M. A. Mathieu), así como la parodia burlesca de la *Batracomiomachia* y su pervivencia a cargo de R. Gleit. También se dedican a la tradición clásica otros trabajos acerca de la fraseología latina en el mundo actual (O. Peric) o apuntes sobre la *imitatio* en Catulo y Ovidio (J. Veremans). Están presentes la iconografía, en este caso se nos hace un repaso de las vasijas con figuras femeninas (A. van Hooff), y el obligado marco referencial del mito griego (V. Jabouille).

Sin embargo el grueso volumen quedaría cojo si no incorporara aportaciones sobre cuestiones y planteamientos didácticos. Y hemos de confesar que algunos de ellos son de excelente calidad: M. Lentano discute ampliamente acerca de «nuevos trayectos» en la enseñanza del latín y griego, James Morwood se centra en el griego en las escuelas inglesas y R. Heradia ofrece un interesante *rapport* de los estudios latinos en México. Asimismo se incluye una amplia mesa redonda acerca de la situación de las lenguas clásicas en diversos países (¿quién de los asistentes hemos olvidado aquella larga jornada que se dilató hasta bien entrada la noche?) y en la que participaron F. R. Adrados (España), J. den Boeff (Holanda), O. Peric (Croacia), J. Dalfen (Austria), F. Decreus (Bélgica), C. Santini (Italia), A. Nascimento (Portugal), A. Schneider (Suiza), P. Wülfing (Alemania), P. Martín y R. Étienne (Francia).

Discursos y saludos protocolarios enmarcan el volumen que se perfila muy bien como una obra de consulta y referencia múltiple, ya sea para conocer un poco más la situación de los estudios clásicos en diversos países, o bien para dar cuenta de cómo se lleva a cabo el aprovechamiento didáctico y humanístico de lo que la Antigüedad nos ha legado como perennemente nuestro.

RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ

René MARTIN (dir.), *Diccionario Espasa de la mitología griega y romana*. Trad. cast. A. Gallardo, Madrid, Espasa Calpe, 1996, XXXII+553 págs.

Que la mitología constituye una temática que interesa (o al menos resulta rentable) al mundo editorial de todos los países lo demuestra con creces la gran

producción bibliográfica, sobretodo en los últimos años, a pesar de que se trate de una época de «vacas flacas» para el cultivo de las humanidades clásicas.

Si bien el título del original francés especifica que se trata de un «*Dictionnaire culturels*», ello se debe a que la mitología es «un tema omnipresente, tanto en las letras como en las artes figurativas» desde la Antigüedad hasta nuestros días. Según esta premisa, pues, se hacía necesario llevar a cabo un seguimiento de la misma en la literatura, música, cine, etc. incorporando numerosísimos datos y, naturalmente, colaboradores; para la confección de este pequeño gran *Dictionnaire* han sido Sandrine Augusta-Boularot, Brigitte Buffard-Moret, Annie Collognat, Édith Flamarion, Karen Haddad-Wotling y Nicole Monchâtre, dirigidos por René Martin, de la Universidad de París. La obra quiere ser el resultado de un trabajo interdisciplinar y recopila datos de tradición clásica que llegan hasta finales de los años ochenta.

A la gran cantidad de noticias mitológicas (cabe decir que la selección de entradas ha sido hecha con acierto y que ofrece no ya los consabidos árboles genealógicos, sino también otros muchos datos más, como p. ej. un cuadro de los adversarios en Troya en p. 432) se suman expresiones de la lengua corriente inspiradas en la mitología (por ejemplo, «manzana de la discordia», aunque a este respecto debería ser «Eris» no «Éride») y gran cantidad de términos (desde el catálogo informatizado de la Biblioteca Nacional con el nombre de «Ariadna», al mítico «Titanic»), amén de transformaciones varias de palabras que provienen de la mitología (p. ej. «ogro» de «Orco»). Completan además cada una de las entradas diferentes apartados dedicados a la literatura (de todos los lugares y épocas), iconografía (pintura sobretodo, también escultura), música y cine. A este respecto, tenemos a nuestro alcance una guía bastante completa y ha visto la luz casi al mismo tiempo que la versión castellana del grueso volumen de I. Aghion-C. Barbillon-F. Lissarrague, *Héroes y dioses de la Antigüedad. Guía iconográfica* (Madrid, 1997).

Se cierra el trabajo con unos capítulos que disertan de forma general sobre algunos discernimientos importantes acerca de la esencia de la mitología (p. 457), su presencia en las artes plásticas (p. 479), en la música (p. 481), y el cine (p. 483) haciendo especial hincapié en lo que supone la atracción del mito como fuente de inspiración y de recreación (o en las dificultades ante la ingrata tarea con que se encuentra a veces el estudioso para demostrar que el mito era precisamente fuente de inspiración). Sería bueno enfocar algún ensayo para ver qué mitos como temas prevalecen en qué épocas y en qué ambientes.

Un libro, en definitiva, que cumple con su objetivo de servir como obra de referencia muy digna, con la seriedad requerida, y facilitando en todo momento una consulta ágil y amena.